

EL BARCO



DE VAPOR

Consuelo Armijo

Los batautos

Ilustraciones de Margarita Menéndez



Buu y Peluso son unos seres verdes, con orejas al principio de la cabeza y pies al final del cuerpo. En definitiva, son batautos y, sobre todo, amigos. Conocen a Erito, un batauto con muy mal humor y a su rey, don Ron. ¿Qué divertidas peripecias esperan a los dos batautos? Un libro que refleja con humor la amistad, la cooperación y la naturaleza.



Consuelo Armijo

Los batautos

Serie Azul - 91 (El barco de vapor)

ePub r1.0
Tiver 18.08.13

Título original: *Los batautos*
Consuelo Armijo, 1975
Ilustraciones: Margarita Menéndez

Editor digital: Tiver
ePub base r1.0



¿Quiénes son los batautos?

Los batautos son unos seres verdes, con orejas al principio de la cabeza y pies al final del cuerpo.

Viven, viven...

Bueno, seguro, seguro, no sé dónde viven.

Quizá en mitad de una de esas selvas americanas que todavía no han sido exploradas, o quizá en algún desierto de África.

También es posible que haya batautos en el planeta Marte, o en Júpiter, o quizá debajo de vuestra cama (mirad por si acaso).

Pero lo mejor y más seguro que podéis hacer si queréis conocer a los batautos es leer este libro.

Está lleno de batautos. ¡Os lo digo yo!

La tarta de miel

¡CÓMO llovía aquella tarde! Además había truenos, relámpagos y viento. Era lo que se dice una tarde de perros.

Peluso estaba convidado a merendar tarta de miel en casa de Buu, pero Buu vivía al otro lado del bosque, y a Peluso, cuando se mojaba, le daba reuma. El pobre Peluso prefería no ir, pero se imaginó a Buu trabajando la mañana entera en la cocina para preparar la tarta. Seguro que se había gastado todas sus provisiones de miel y que ahora estaba esperándole para poder merendar juntos.

Peluso suspiró y se dispuso a salir. No quería desilusionar a Buu. Además, él nunca comprendería que no fuera, porque, aunque Buu tenía el corazón más bueno que ser alguno haya tenido en este mundo, tenía un defecto: no comprendía bien las cosas. Eso es lo que Peluso, que creía conocer enseguida a todos los batautos, había pensado de él desde la primera vez que lo vio. Por eso se había prometido a sí mismo defender siempre a Buu y ser siempre su amigo.

Peluso abrió la puerta de su casa, y ya iba a salir cuando algo mojado se le incrustó en la barriga haciéndole caer sentado.

—Buenas tardes —dijo Buu sacudiendo su chorreante cuerpo sobre el pobre Peluso, de tal suerte que éste no acababa de enterarse si había caído fuera o dentro de su casa.

—Buenas tardes, Buu —contestó Peluso muy asombrado—. Gracias por venir a pesar de la lluvia —agregó, armándose ya un lío con todo.

—¡Pero, Peluso, si he venido precisamente por eso! Me acordé de tu reuma y pensé que sería mejor que fuera yo el que viniera —y Buu se volvió a sacudir.

—¡Qué amable de tu parte! —dijo Peluso sacudiéndose el agua que Buu se había sacudido.

—Bah, no tiene importancia. Así he estrenado mi impermeable —y Buu enseñó su impermeable, que había traído doblado debajo del brazo.

«Verdaderamente», pensó Peluso, «es una pena que Buu comprenda tan poco las cosas».

El pobre Buu se acercó al fuego tiritando de frío. Peluso, que ya empezaba a darse cuenta de la situación, le trajo corriendo una toalla y le dio una fricción. Ahora sólo había una cosa que preocupaba a Peluso: ¿qué le iba a dar de merendar a Buu? No tenía nada preparado, y el pobre Buu se merecía una buena merienda después de ese remojón. ¿Cómo le iba a decir que no tenía nada? Además, Buu no lo entendería.

Así que Peluso, confiando en que una inspiración viniera en su auxilio, dijo a Buu con la mejor de sus sonrisas: —Siéntate en la butaca y ponte cómodo, querido Buu, mientras yo voy arriba a preparar la merienda.



Una vez en su pequeña cocina, Peluso encontró la situación difícil. Él, por lo general, era austero en sus comidas. Aquella mañana había traído las provisiones de la semana: siete grandes patatas. Las tenía en una repisa puestas en fila. Allí estaba la patata del lunes, la del martes, la del miércoles y la de todos los demás días; pero... ¡nadie da a sus invitados patatas para merendar! De repente se acordó de que tenía una tableta de chocolate. Sí, la tenía desde un día que decidió convidarse a sí mismo y trajo dos tabletas. Una se la comió ese día, y la otra la guardó por si acaso decidía convidarse otra vez. Estaba dentro de un bote en la repisa más alta.

Peluso cogió un taburete, se subió encima y sacó del bote la pastilla. Era una pastilla pequeña; con ella no tendrían para merendar los dos. Pero Peluso la derritió al fuego, luego peló las patatas y las fue colocando unas sobre otras con muy buen pulso, formando una torre, y entonces vertió el chocolate derretido sobre ellas.

«Ya está», se dijo, «tarta de chocolate. La de miel es mejor, pero ésta no estará mal».

Con mucho cuidado para que la torre no se derrumbara, Peluso se dispuso a bajar las escaleras. Ya iba por la mitad del camino cuando, por causas ajenas a todas las voluntades, la patata de más arriba, que formaba el remate de la tarta, dio un pequeño salto y cayó al suelo. Quiso el destino que Peluso fuera a poner el pie encima de la patata, y, en ese mismo instante, se organizó una reñida carrera escaleras abajo entre Peluso y la patata. A cierta distancia los seguían el resto de las patatas y el plato que las contuvo, armando un estruendo capaz de romper los tímpanos más resistentes. ¡Para que luego hablen de la bomba atómica!

—¡Oh, Peluso! —dijo Buu con su habitual candidez, una vez que Peluso hubo rodado el último peldaño—. ¡Qué deprisa has bajado las escaleras! Se ve que tienes hambre.

Peluso levantó la cabeza y abrió la boca para contestar algo, pero no lo hizo y permaneció con la boca abierta. ¡Sobre la mesa acababa de ver la tarta de miel más hermosa que jamás viera en su vida!

—Peluso —dijo Buu con mucha paciencia—, no has traído los platos.

—Ahora voy —dijo Peluso, pasmado todavía, mientras escondía las enchocolatadas patatas debajo de la butaca para que Buu no las viera.

«Pues, señor, no me lo explico», pensaba Peluso mientras iba por los platos. «¿De dónde habrá salido esa tarta?» No puede ser otra cosa sino que las hadas buenas la hayan traído como premio a la bondad de Buu, que se ha recorrido el bosque bajo la lluvia solamente para que yo no tenga reuma. «Sí», se dijo, convencido, «eso debe de ser».

Peluso y Buu merendaron opíparamente, charlaron y rieron; en fin, se divertieron de lo lindo.



Era muy tarde cuando Buu se despidió para irse a su casa.

—Ven —le dijo Peluso—, te voy a envolver en tu impermeable para que no te mojes.

Buu iba a decir que sería mejor limpiar antes el impermeable, puesto que había traído la tarta envuelta en él, y todo el mundo sabe lo pegajosa que es la miel. Pero antes de que lo dijera, Peluso ya le estaba envolviendo, y había tanto cariño y buena voluntad en sus ojos, que Buu sonrió y le dijo: —Muchas gracias, Peluso; qué bien lo has hecho. Seguro que así no me mojo.

Antes de acostarse, mientras se frotaba con un cepillo de crin de camello para quitarse la miel de su cuerpo, Buu pensaba en la suerte que era tener un amigo tan bueno y que le quisiera tanto como Peluso.

«Sólo tiene un defecto», pensó mientras se restregaba fuertemente: «que a veces no comprende las cosas».

Don Ron

LA vida en el bosque solía ser bastante apacible y serena. Solamente Don Ron rompía de vez en cuando esa apacibilidad y serenidad.

Don Ron era un batauto arrugadito y encorvado. Nadie se acordaba de cuando nació, por lo que se llegó a la conclusión de que era el más viejo de todos. La verdad es que ni él mismo sabía los años que tenía. ¡Debían de ser tantos! Ya fuera por su edad o por instinto paternal, Don Ron se creía con ciertos derechos y responsabilidades sobre los demás. De vez en cuando los reunía a todos en su casa para darles alguna noticia, o bien les confiaba alguna misión que los mantenía ocupados durante cierto tiempo.

La última vez, por ejemplo, Don Ron recordó que no sabía dónde estaba su reloj de pulsera. Enseguida lo comunicó a los batautos y les pidió que lo buscaran. Durante tres días, el bosque fue un puro hervidero. Los batautos buscaban y revolvían por todas partes, e iban los unos a casa de los otros preguntándose: —¿Habéis visto el reloj de Don Ron?

Pero la respuesta era siempre negativa.

Otros batautos salieron en expedición a buscarlo más allá del bosque, pero todo fue en vano.

Por fin, al tercer día, Buu tuvo la buena ocurrencia de preguntar a Don Ron si recordaba la última vez que lo vio.

—Sí —dijo Don Ron, haciendo alarde de su buena memoria—. Estaba en mi butaca, lo miré y eran las cinco. Al cabo de un ratito dije: «Hombre, a ver si ya son las cinco y cinco», y quise volver a mirarlo, pero el reloj había desaparecido.

Buu corrió a la butaca de Don Ron, y en una esquinita de ésta encontró el reloj con la correa suelta.

Sin embargo, desde hacía algún tiempo se rumoreaba que Don Ron estaba perdiendo la cabeza, que chocheaba, pero, naturalmente, nadie creía esos rumores. Todo el mundo decía que los habían inventado las malas lenguas, y como nadie se tenía por mala lengua, no se sabía quién los había inventado.

Se decía que un día se bañó con las botas puestas, y como las botas eran rojas y destiñeron, salió todo él colorado. Don Ron se creyó que tenía el sarampión y se metió en la cama.

También se oía que Don Ron decía tener en el desván de su casa una colección de todas las sonrisas que le habían sido dedicadas durante toda su vida. Claro que nadie podía visitar aquel desván ni admirar la misteriosa colección.

Pero vamos a ver lo que pasó el día de nuestra historia. Ése día, Don Ron se dirigió a casa de Peluso y dijo: —Peluso, esta tarde quiero que todos vengáis a mi casa para daros una noticia. Ve a casa de Buu y díselo, que Buu se lo diga a Gusi, que Gusi se lo diga a Erito, que Erito se lo diga a...— y así fue nombrando uno a uno a todos los batautos.

Cuando Don Ron hubo acabado, Peluso salió hacia casa de Buu para decírselo. Buu se puso muy contento de que hubiera una noticia esa tarde, y, junto con Peluso, que había decidido

acompañarle, se dirigió a casa de Gusi. Gusi bajó corriendo a abrirles, y dio tal tirón a la puerta que se cayó de espaldas. Cuando se levantó se volvió a caer, porque dio un traspie; luego pareció que lograba conservar el equilibrio, y Buu aprovechó la oportunidad para darle su mensaje.

Poco a poco, todos los batautos se fueron enterando de que Don Ron tenía una noticia que darles, y todos se alegraron de ello. Todos menos Erito, que, según su costumbre, se puso a gruñir.

—¡Bah, una noticia! —dijo indignado—. ¡Vaya pérdida de tiempo! ¡Estoy harto de oír noticias inútiles y de buscar relojes que no se han perdido!

Pero nadie hacía ningún caso a Erito, pues, como dijera Peluso, lo que le pasaba a Erito era que tenía muchos complejos. No hubo batauto que no acudiera a casa de Don Ron. Cuando ya se hallaban todos reunidos, Don Ron, muy digno y estirado, subió a una plataforma que tenía preparada para estos casos.

—Queridos amigos —comenzó diciendo—. Antes de comunicaros la noticia, que por cierto es muy importante, quiero daros dos consejos, fruto de mi experiencia. El primero es que sonriáis, porque las sonrisas que salen del corazón son inmortales. El segundo es que antes de bañaros miréis siempre si os habéis quitado las botas, pues si no os podría dar el sarampión.

Hubo una pausa, durante la cual algunos batautos se llevaron las manos a la cabeza; otros abrieron los ojos tanto como pudieron. Erito dijo: —Ya me lo temía yo.

Los restantes menearon la cabeza en señal de consternación.

—Y ahora —prosiguió Don Ron— viene la noticia. Escuchad con atención: hace muchos años, este bosque estaba gobernado por un rey. Era un rey bueno y justo, y cuando nosotros queríamos expresarle nuestro cariño dábamos tres volteretas en el aire.

Los batautos pensaron que era una manera muy rara e incómoda de expresar cariño, pero nadie dijo nada.

—Un día —prosiguió Don Ron—, el rey dijo: «Yo soy el rey del bosque, el cielo es el techo del bosque, luego yo soy el rey del cielo». Y al día siguiente dijo: «El sol está en el cielo, luego yo soy el rey del sol». Y al otro día dijo: «La luna y las estrellas están en el cielo, luego yo soy el rey de la luna y las estrellas». Entonces un amigo suyo le preguntó: «¿Qué clase de rey eres tú que ni siquiera puedes tocar las cosas sobre las que reinas?». «Que no, ¿eh?», contestó el rey. «Eso ya lo veremos». Inmediatamente ordenó que le trajeran una cigüeña, y anunció a su pueblo que se iba a hacer un largo viaje. Todos nosotros fuimos a despedirle. Llevaba unas espuelas muy largas, y de un salto se montó en la cigüeña. «No volveré», dijo, «hasta que no haya tocado una estrella». Éstas fueron las últimas palabras que le oímos decir. Su pueblo le ha estado esperando durante miles y miles de años, pero el otro día yo me dije: «Ya está bien de esperar. Hay que buscar un nuevo rey». Ha sido una tarea muy difícil el encontrarnos un rey, pero por fin creo haber hallado a la persona indicada: ante ustedes está su majestad Don Ron I.

Y diciendo esto, Don Ron se puso en la cabeza una corona de papel de oro que había tenido escondida detrás de la espalda.

Un gran silencio se extendió por la habitación. Peluso miró a Buu, y le pareció que tenía mucha cara de no entender nada. Buu miró a Peluso, y le pareció que tenía mucha cara de no saber qué hacer. Entonces una idea cruzó por la cabeza de Buu: se adelantó hacia la plataforma y dio

tres volteretas. Al instante siguiente, todos los batautos estaban dando tres volteretas; bueno, algunos, como Gusi, no sabían darlas, pero todos lo intentaron. Todos menos uno... Pasaron unos instantes durante los cuales Don Ron les sonreía débilmente. Al cabo de esos instantes, Erito, con el ceño arrugado, también dio tres volteretas. Entonces Don Ron sonrió de todo corazón.



La colina de las margaritas

CUANDO Peluso se despertó aquella mañana, notó que las puntas de sus orejas se le habían quedado frías. Se levantó, abrió la ventana y entonces un viento helado entró en su habitación.

—El invierno ha llegado y nadie se ha enterado —dijo Peluso, que de vez en cuando tenía inspiraciones poéticas.

Y como le pareció que el verso le había salido bastante bien, fue corriendo por un libro titulado *Poesías al minuto* y del cual él era su autor, y lo escribió.

Después de lavarse y asearse, Peluso encendió un buen fuego y, con un suspiro de satisfacción, se sentó al lado de la chimenea. Pero al cabo de un rato pensó que hacía mucho tiempo que no veía a Buu, ni siquiera sabía si se habría resfriado. Así que se levantó de su butaca y salió a visitar a su amigo.

De la casa de Peluso a la de Buu había cuatrocientos pasos. Peluso los iba contando con la cabeza baja, para que no le diera el aire en la cara.

—Uno, dos, tres, veinte, cuarenta, cien —iba diciendo Peluso conforme se iba acercando—, ciento noventa y seis, ciento noventa y siete (ya voy llegando a la mitad), ciento noventa y ocho, ciento noventa y nueve...

—Doscientos —dijo otro batauto, a la vez que propinaba a Peluso un gran pisotón en el pie derecho.

Ante ese acontecimiento inesperado, Peluso levantó la cabeza y vio a Buu, que, con la suya todavía baja, iba derecho a darle un segundo pisotón en el pie izquierdo, que todavía estaba en el paso ciento noventa y nueve, mientras decía: —Doscientos uno.

—¡Eh, Buu! ¿Adonde vas? —dijo Peluso apartándose, de un salto, del camino.

—¡Oh! ¡Hola, Peluso! —contestó Buu—. Iba a verte. Temía que te hubieras resfriado.

—No, Buu, yo no me he resfriado, pero pensaba que a lo mejor tú podrías haberte resfriado.

Y contentos de que ninguno se hubiera resfriado, los dos batautos sonrieron satisfechos.

—Fíjate, Peluso —dijo Buu—, por ahí viene Erito.

En efecto, con su aire enfurruñado, Erito se acercaba.

—Muy buenas, amiguitos —dijo Erito—. Buen día como para citarse a charlar en medio del bosque, ¿eh? —añadió con sorna—. ¡Ah!, por cierto, vuestro rey está disgustadísimo. Sí, está llorando. ¿Y sabéis por qué? Porque ha bajado al jardín y no ha encontrado ninguna margarita que poner en su florero. ¡Margaritas en invierno! ¡Ja, ja, ja, ja! —y Erito se alejó riendo.

—¡Pobre Don Ron! —exclamó Peluso.

—Está llorando —dijo Buu.

Los dos amigos se miraron.

—Oye, Peluso, ¿por qué no le llevamos a Don Ron un ramo de margaritas?

—¿Y de dónde las sacamos?

Hubo otro minuto de silencio, al cabo del cual Buu dijo: —Peluso, dicen que en la montaña de

las hadas siempre hay flores.

—Sí, pero está a tres mil pasos de distancia. Solamente Andarínez llegó una vez allí en uno de sus paseos.

Hubo otro minuto de silencio, y luego Buu volvió a decir: —Oye, Peluso, se me ocurre una idea: ¿por qué no damos un paseo como el de Andarínez y cogemos un ramo de margaritas para Don Ron?

Peluso hubo de reconocer que la idea de Buu era buena, así que ambos se pusieron en marcha hacia la montaña de las hadas.

Buu estrenaba ese día una bufanda marrón, que él mismo había tricotado durante el verano. Sin embargo, el frío empezaba a llegarle al cogote, y cuanto más andaba, más frío le llegaba.

—Por coger un ramo de margaritas, las orejas se me quedaron heladitas —dijo Peluso, que, por lo visto, tenía un día muy inspirado. Y luego suspiró pensando que sería una pena que se le olvidara ese verso antes de llegar a su casa.

Caminaron, caminaron y caminaron. El cogote de Buu se heló por completo, pero siguieron caminando y caminando. Por fin, al salir de una curva, Buu y Peluso vieron la montaña de las hadas. ¡Qué alegría, Dios mío! Yo creo que Cristóbal Colón debió de sentir algo así cuando vio América por primera vez.

Arriba de la montaña, rodeando la cima, había gran cantidad de flores de todas clases.

Buu y Peluso subieron allí clavando los pies en el suelo para no escurrirse, pues la pendiente era muy fuerte, y empezaron a coger margaritas. Conforme las iban cogiendo las iban dejando todas juntas en la cima, para que no se escurrieran.

—Oye, Peluso —dijo Buu—, ¿cuántas margaritas has cogido tú?

—Cinco —contestó Peluso.

—Cinco y tres que he cogido yo, ocho. Pues, Peluso, aquí hay diez.

—Bah, habrás contado mal —dijo Peluso.

Al cabo de un rato, Buu volvió a decir: —Peluso, esta vez he contado bien, estoy seguro. Entre los dos hemos arrancado doce margaritas, y en la cima hay dieciocho.



—Bueno, pues te habrás equivocado —dijo Peluso, que seguía pensando que Buu no entendía bien las cosas.

Buu no dijo nada y bajó a coger las pocas flores que quedaban, pero un grito de Peluso le interrumpió: —¡Buu! ¡Las margaritas! ¡Han desaparecido! ¡Oh, Buu, nuestro ramo!

Buu subió corriendo. En efecto, ya no había ninguna margarita en la cima.

No sabiendo qué pensar, Buu se asomó al otro lado de la montaña, para ver si el viento las había empujado allí, pero lo que vio le llenó de indignación. Un bulto pequeño se alejaba llevando en la mano un ramo muy grande de margaritas.

—¡Mira, Peluso! —dijo Buu señalando el bulto—. ¡Nos las han quitado! Se dirige al bosque.

—¡Sigámoslo! —dijo Peluso.

Nuestros dos amigos, no sabemos si por encontrar el método más rápido o porque se cayeron, rodaron, cual croquetas, por la montaña hasta llegar abajo.

Entonces emprendieron el camino de regreso a gran velocidad, siempre siguiendo al bulto con las flores. Cual cohetes teledirigidos entraron en el bosque, y, justo delante de la casa de Don Ron, completamente exhaustos, dieron alcance a sus flores.

Entonces la sorpresa les cortó el poco aliento que les quedaba.

—¡Pero, Erito! —dijo Peluso al fin—. ¿Qué haces tú con esas flores?

—¿Que qué hago? —dijo Erito poniéndose colorado—. Pues lo que debíais hacer vosotros. Llevarlas a casa de Don Ron. ¿Es que no sabíais que en la montaña de las hadas hay flores todo el año? No, si vosotros..., mucho dar volteretas y mucha tontería, pero, cuando hay que trabajar, soy yo el que trabaja.

Y Erito entró en casa de Don Ron. De puntillas se dirigió a la mesa, dejó el ramo de margaritas y gritó: —¡Sus flores, majestad!

Peluso y Buu le vieron salir a toda velocidad, más colorado de lo que había entrado.

—Es un buen chico —comentó Buu—. ¡Si no fuera por esos «compeljios»!

—Complejos —corrigió Peluso.

Don Ron, que en su desesperación había tirado la corona al suelo y se había escondido debajo de la pila de fregar, salió a todo correr. Después de bailar una rumba de alegría alrededor de las flores y volverse a poner la corona, dijo: —No es que yo sea caprichoso, ¡caramba!, pero me gusta tener flores en mi casa.

Camino de lluvia

DURANTE semanas y semanas había llovido y llovido. Y durante semanas y semanas, Buu había estado viendo llover con las narices pegadas al cristal.

—¡Qué de agua! ¡Qué de agua! —repetía con gran admiración.

Por fin dejó de llover y lució el sol, y Buu fue a decirle a Peluso que había caído mucha agua, y que él la había visto porque se había pasado semanas y semanas con las narices pegadas a la ventana.

Llegó a casa de Peluso y, ¡qué raro!, Peluso no estaba allí. Pero lo que más extrañó a Buu fue que ¡tampoco estaba la mesa del comedor! ¡Ni la colcha de la cama! ¡Ni el cucharón de la sopa!

«¿Qué habrá pasado?», se preguntó. Y salió a ver si lograba averiguar algo.

En el suelo mojado se veían muy claras las huellas de los pies de Peluso y, más allá, las de las cuatro patas de la mesa y, más allá...

—¡Hola, Buu! —dijo Peluso.

Y el asombrado Buu vio a Peluso en mitad de un enorme charco, navegando sobre la mesa del comedor puesta al revés. La colcha, atada a una de las patas, le servía de vela, y la cuchara, de remo.

—¿Has visto el nuevo lago? Ven conmigo a explorarlo —continuó Peluso acercando su «barca» a la orilla.

Y en menos de un segundo, Buu se encontró sentado al lado de Peluso, navegando por unas aguas nuevas y misteriosas.

«Si es la misma agua que he visto caer y venía del cielo, no puede ir a ningún sitio malo», se dijo Buu para tranquilizarse.

Peluso estaba muy embebido en su papel de marino y no paraba de gritar: —¡Todo a babor! ¡Todo a estribor! ¡Arriad las velas!

Y Buu, que no entendía nada, se puso a correr de un lado a otro, muy nervioso, pues no sabía si era que había que hacer algo en el lado derecho o en el izquierdo.

La improvisada embarcación se deslizaba por misteriosos meandros. Pasaron por casa de Don Ron, que estaba en el balcón sacando brillo a su corona; y por la de Gusi, que estaba tendido al sol para secarse, porque con la lluvia se había puesto muy mojado; y por la de Erito, que no estaba de buen humor, porque el día anterior se asomó y miró hacia arriba para ver de dónde caía tanta agua, y se le metió por la nariz una gota que todavía no le había salido. Y mientras, Peluso seguía gritando cosas raras, como: «¡Listos para el abordaje!», «¡Viento en popa!», etcétera, etcétera, y Buu estaba cansadísimo de tanto correr de izquierda a derecha.

En esto, Peluso dejó de gritar y se puso a cantar una canción marinera muy bonita que decía: «Churray, churray, pu, pu, pu».

Buu quiso unirse en la segunda estrofa, pero resultó que ésta decía: «Pu, pu, pu. Pu, pu, pu. Churray».

Y Buu acabó armándose un lío, no sabiendo nunca cuándo había que decir «churray» y cuándo «pu, pu, pu».



—¡Ay, Peluso! ¿Por qué vamos tan deprisa? —preguntó Buu al ver que con tanta velocidad y tanto viento las orejas se le quedaban más atrás que la cabeza.

—Es la corriente —contestó Peluso, y luego chilló—: ¡Agarraos a los mástiles!

Pero Buu pensó que ¡vaya usted a saber en qué lado estarían los mástiles!, y que mejor sería agarrarse a una pata de la mesa. Y gracias a que su decisión fue rápida, que, si no, a lo mejor sale despedido, pues al instante siguiente bajaban por una cascada.

—¡Ay, qué susto! —dijo Buu cuando se vieron otra vez navegando por aguas tranquilas.

—¡Ah!, pero ¿te has asustado? —preguntó Peluso, temblando—. Yo, no —añadió tiembla que tiembla.

¡Y lo asombroso era que no hacía nada de frío!

Pero el destino todavía les preparaba más sorpresas.

—Vamos derechos contra esa roca —dijo Buu.

Y así era. Tan derechos, tan derechos iban, que se metieron dentro.

—Qué oscuro está —dijo Buu.

Y también tenía razón, pues tan oscuro estaba, que no se veía nada.

—¡Ciar, ciar! —dijo Peluso remando hacia atrás.

—¡Ciar, ciar! —repitió Buu haciéndose el despistado, para ver si así era Peluso el que corría de un lado a otro.

Entonces Buu se acordó de que en el bolsillo llevaba una linterna, la encendió y, ¡oh!, nuestros dos amigos se quedaron llenos de admiración.

Estaban en una gruta preciosa. De su techo y paredes colgaban torres de diversas y extrañísimas formas, y al fondo había como un velo finísimo formado de gotitas cristalinas.

—¡Estalactitas, estalagmitas! —chilló Peluso, que, como era tan culto, sabía muy bien que ése era el nombre de aquellas torres.

—¡Estalactitas, estalagmitas! —repitió Buu, que no era tan culto, y seguía haciéndose el despistado.

—Mira, Buu, el agua se está yendo toda por ese agujerito, y el suelo se está secando.

—Parece la gruta de un hada.

—Oye, Buu, estoy pensando que éste es un sitio estupendo para tener reuniones secretas.

A Buu la idea le pareció estupenda.

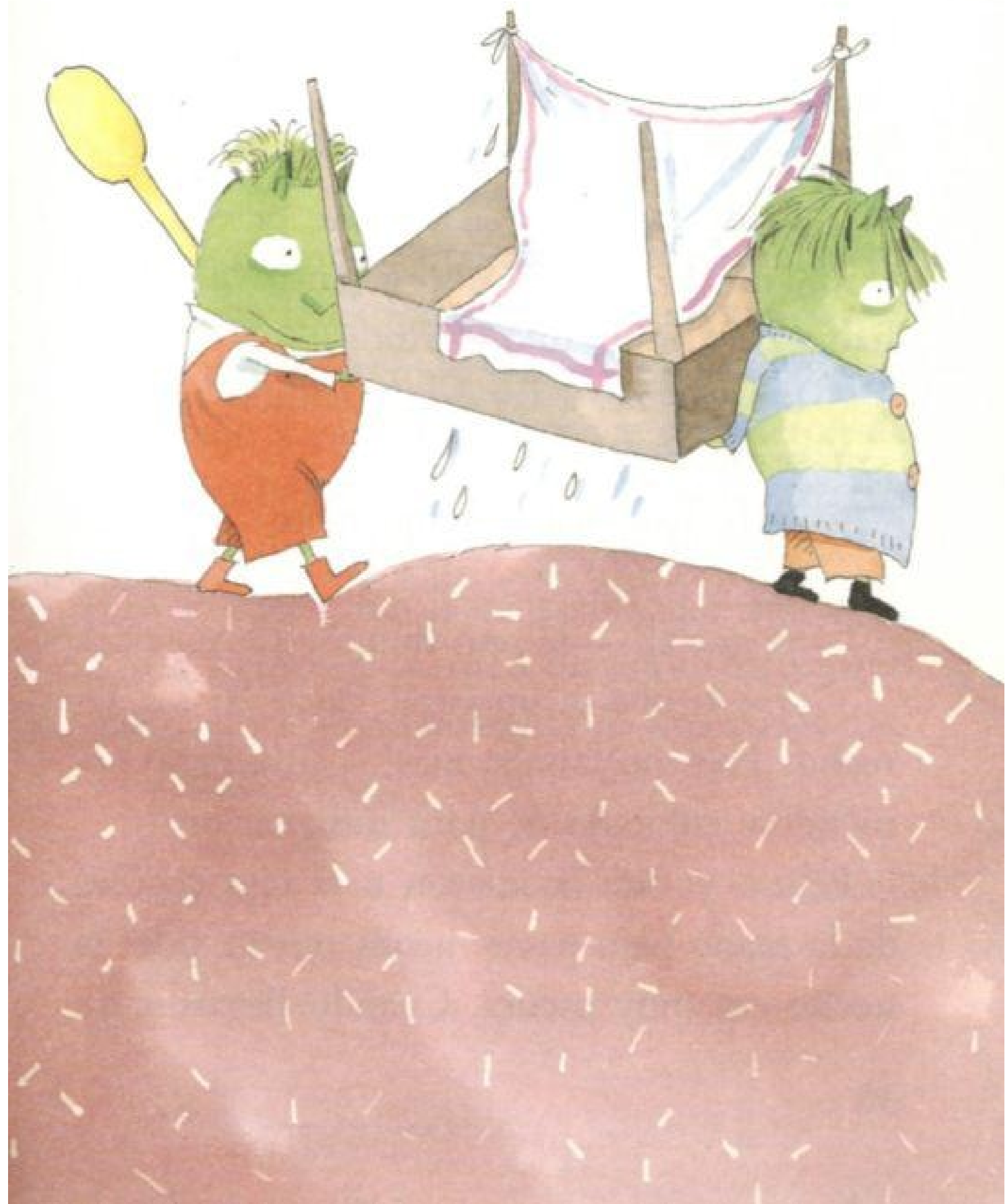
—Se lo diremos a todos —continuó Peluso—, pero con la condición de que no se lo digan a nadie más.

—Seguro que no lo dicen —dijo Buu, que era muy lógico en sus deducciones.

—Ahora —dijo Peluso— hay que llevar la mesa a cuestras.

—¡Hay que llevar la mesa a cuestras! ¡Hay que llevar la mesa a cuestras! —gritó Buu usando las manos de altavoz como había visto hacer antes a Peluso, para ver lo que pasaba.

Y pasó que no le sirvió de nada, pues Peluso le dijo: —Agarra de delante, que yo agarraré por detrás.



Y, ante eso, Buu no pudo hacerse más el despistado.

Cuando llegaron y contaron a los demás lo que había pasado, todos se emocionaron mucho.

—Habrás que pensar en algún secreto —dijo Gusi— para hacer una reunión.

—No, no hace falta —contestó Peluso—. Se hace la reunión, y luego todo lo que se diga y se haga ya es secreto.

Don Ron, que había estado intentando hablar desde que supo la noticia, pero al que el estado de nervios que le entró no se lo había permitido, dijo al fin: —Ésta noche, a las doce, reunión secreta.

Y se marchó.

—¡Bah, bah, bah! —dijo Erito—. ¡A que no voy!

—¡A que sí! —le retó Buu, que le conocía.

—¡Y a ti qué te importa! Estoy en mi derecho. ¡Pues no faltaba más! —dijo Erito poniéndose colorado de pura indignación.

Peluso y Buu acudieron a la cita cogidos de la mano para pasar menos miedo, pues la noche era muy oscura. Cuando llegaron, ya todos estaban allí, y la cueva, bajo la luz de las antorchas que habían traído los batautos, estaba preciosa.

Don Ron también había traído mucha paja, y con voz solemne dijo: —Puesto que ya es muy tarde, que cada uno coja un montón de paja y se busque un sitio donde dormir. ¡Ah!, y mucho cuidado de ir por ahí contándolo luego. ¡Es un secreto!

A todos les pareció muy buena idea, pues estaban muertos de sueño.

Peluso y Buu se colocaron entre un montículo que tenía forma de elefante y otro que podía representar un pato. Se pusieron paja por abajo y paja por encima y durmieron de un tirón hasta la mañana siguiente.

Todos sin excepción pasaron buena noche, pero lo mejor fue la sensación que sintieron al día siguiente. ¡Tenían un gran secreto que guardar! ¡¡¡Habían dormido en una cueva maravillosa!!!



Gusi juega a la pelota

A GUSI le habían regalado una pelota.

—¡Qué bien! —dijo contemplándola—. ¡Voy a probarla!

Y salió a jugar con ella.

¡Qué divinamente lo pasó! Él tiraba la pelota contra un muro, y luego la pelota volvía y le tiraba a él contra el suelo.

Y así estuvo un rato divirtiéndose de lo lindo, hasta que una duda inquietante vino a turbar su juego: la duda de que hubiera otra manera de jugar mucho más cómoda, y de estar haciendo el tonto.

—No la hay, no la hay —se defendía el pobre Gusi—. Yo no me acuerdo de que se juegue de otra forma.

Y agarrando la pelota, la tiró con todas sus fuerzas contra el muro. Pero esta vez falló.

La pelota iba demasiado alta, pasó por encima del muro y se perdió de vista.

—¡Anda! —dijo Gusi corriendo para recuperar su pelota.

De repente se paró en seco; luego dio la vuelta y empezó a correr con todas sus fuerzas: la pelota había vuelto a saltar el muro e iba hacia él con más velocidad que nunca.

—¡Ay! —dijo Gusi cayéndose de narices, pues la pelota ya le había alcanzado—. Esto sí que es raro.

Y Gusi volvió a lanzar la pelota por encima del muro, y se quedó esperando con el corazón palpitante a ver qué pasaba.

—¡Ay! —dijo cayéndose sentado, pues la pelota volvió contra él silbando por los aires—. Pero qué rarísimo es esto.

Y su sorpresa aumentó al comprobar que se le había quedado pegada a la barriga.

—¡Ay, ay, ay! —decía el pobre Gusi, tira que tira, hasta que la pelota salió despedida por los aires y él se cayó de narices por el impulso.

El pobre Gusi se volvió a levantar para caerse acto seguido, pero esta vez nada le tiró. Se cayó de asombro: por el aire venía la pelota, y, sentado encima de ella, con mucha cara de enfado, un ojo morado y unos grandes bigotes rosa, iba Erito.

Pelota y Erito bajaron hasta el suelo, y juntos dieron dos o tres botes y, por fin, se pararon muy cerca de donde estaba Gusi. Entonces éste pudo comprobar que Erito tenía una mano pegada a la pelota, y que le costó mucho trabajo despegarla.

—¿Eras tú el que tiraba la pelotita? —preguntó Erito a Gusi con voz fiera.

—Sí —dijo Gusi acongojado.

—Ja —dijo Erito con amargura—. Me has dado en un ojo, y luego me has chafado un globo que había hecho con mi chicle...

—¡Ah! —dijo Gusi—, por eso me he quedado pegado a la pelota, por el chicle.

—Y yo también me he quedado pegado, y cuando la he tirado con todas mis fuerzas por el aire

he continuado pegado, porque era un chicle de muy buena calidad y que pegaba mucho, y menos mal que he logrado sentarme y hacer un viaje cómodo.

—Me alegro mucho —dijo Gusi sonriendo tímidamente.

—Pues yo de ti no me alegraría tanto —dijo Erito—. Prepárate a recibir mi venganza.

Y dicho esto, se fue.

¡Figuraos el estado de ánimo en que se quedó el pobre Gusi!

«¡Qué horror, qué horror!», se decía.

Y como le entró mucho miedo, se fue corriendo a su casa, cerró bien la puerta y se puso a esperar temblando de pánico.

Y espera, y espera, y espera, llegaron las cuatro de la tarde, y luego las cinco, y Gusi seguía temblando. A eso de las seis, y en vista de que no pasaba nada, empezó a tranquilizarse, y hasta merendó unas pastas con café con leche; pero, en esto, al dar justamente las seis y media, Gusi vio a través de la ventana, mirándole fijamente, la cabeza de Erito completamente pintada de negro.

—¡Ay! —dijo Gusi.

Y no pudiendo resistir semejante visión, se marchó de su casa corriendo a todo correr, y no paró hasta que llegó a casa de Peluso, que en ese momento se hallaba explicándole a Buu que, puesto que uno y uno eran dos, una y una tenían que ser «das», aunque esto último había muy poca gente que lo supiera.

—¡Está negro como un tizón! ¡Y es una injusticia! ¡Yo sólo quería jugar a la pelota!

Peluso se extrañó de que un batauto tan listo como él no estuviera entendiendo nada, absolutamente nada; pero, en esto, la puerta se abrió y apareció Erito con su cabeza negra, y se quedó mirándolos fijamente.



—¡Ay! —gritó Gusi.

—¡Ay, ay, ay! —gritaron Peluso y Buu.

Y, en el colmo del susto, Peluso abrió la ventana y saltó por ella. Buu y Gusi le siguieron.

—¡Ay, ay, ay! —iban diciendo los tres corriendo a campo traviesa.

Y hechos una exhalación entraron en casa de Don Ron.

—¿Quién gana, quién gana? —dijo éste despertándose de una larga siesta y creyendo que los batautos estarían jugando al fútbol.

Y en esto, por la puerta entreabierta asomó la negra cabeza de Erito.

—¡Ay, ay, ay! —dijeron Gusi, Peluso y Buu.

—¡Zambombas! ¡Pero qué cara tan sucia trae este chiquito! —dijo Don Ron.

Y mientras los demás gritaban y saltaban subiéndose a los muebles, él fue por una esponja bien empapada en agua y jabón y frotó con ella la cara de Erito hasta dejarla tan limpia y reluciente como una manzana.

Entonces Erito, que había tenido la boca cerrada, no fuera a entrarle jabón, la abrió y dijo: —Yo estaba tan tranquilo, y me dio de pelotazos, y me explotó un globo de chicle...

Y mientras tanto, Gusi repetía que era una injusticia, y una injusticia, y nadie le entendía nada. Pero Don Ron, que tenía mucha experiencia y conocía muy bien a sus súbditos, dijo: —Bueno, bueno; pues que Gusi convide mañana a Erito a merendar para reparar, y que Erito convide a Gusi pasado mañana para reparar también. Y ahora, que cada cual se marche a su casa, que yo voy a seguir durmiendo.

—¡Qué tontería! ¡Qué tontería! —dijo Erito, y ni contestó cuando Gusi se le acercó para decirle que al día siguiente le esperaba a merendar a las seis.

Sin embargo, a las seis en punto del día siguiente, Erito se presentó en casa de Gusi y se puso como el «Quico» de pasteles y chocolatinas.

—Te espero mañana en mi casa —dijo Erito cuando hubo acabado de merendar.

Y al día siguiente, Gusi fue obsequiado con una succulenta merienda. Lo único que no había era chocolate, pues Erito, que ya estaba arrepentido de lo que había hecho, tuvo la delicadeza de no poner nada negro en la mesa.

Y así fue como acabó bien una cosa que, si Erito continúa sin lavarse la cara, podía haber acabado mal, pero que muy mal.

El mensaje

UN día, Buu y Peluso se sentaron al lado del río para oír el rumor del agua. A Peluso le gustaba escuchar con los ojos cerrados. Buu, en cambio, prefería mirar al río, y de vez en cuando tiraba alguna ramita para notar mejor cómo corría el agua.

Arrastrado por la corriente, se acababa de perder de vista un palo amarillo, cuando Buu vio aparecer, navegando majestuosamente, una botella con un papel dentro.

«Un mensaje», pensó Buu, y, alargando la mano, cogió la botella, sacó el papel y leyó: «Ayudadme, por favor».

—¡Atiza! —dijo Buu, y corriendo se fue hacia Peluso y le gritó—: ¡Peluso, Peluso! ¡Mira esto!

—Déjame ahora, Buu; luego hablaremos —contestó Peluso, pues pensaba que lo bonito de escuchar el agua era notar que todo lo demás estaba en silencio.

—¡Pero, Peluso, esto es importante! —insistió Buu.

Peluso abrió los ojos de mala gana y Buu le dio el papel.

—Venía por el río metido en esta botella —explicó.

Peluso lo leyó, y de un respingo se puso en pie.

—¡Zambombas y panderetas! Tenemos que hacer algo.

—¡Si no sabemos dónde está el que ha escrito esto! —dijo Buu. Pero luego que hubo pensado añadió—: Claro que cuando tiró el mensaje tenía que estar a la orilla del río.

—Sigamos el río —dijo Peluso echando a andar en el sentido de la corriente.

—No, no, Peluso —le gritó Buu señalando hacia el otro lado—, la botella venía por ahí.

Peluso pareció comprender, pues se dio la vuelta, y ambos se pusieron a caminar, mientras sus corazones latían con fuerza.

Peluso, sobre todo, estaba excitadísimo. Dijo que él tenía un libro que era la historia de una princesa humana que estaba encantada y era muy desgraciada, hasta que alguien la ayudó y la desencantó, y entonces ese alguien se convirtió en un príncipe humano y se casó con ella.

—Si yo me convierto en un príncipe humano, Buu, tú seguirás siendo mi amigo y te daré todo lo que me pidas.

—Y si me convierto yo, también te daré lo que me pidas —dijo Buu.

Pero Peluso no pareció aceptar esa probabilidad, y siguió diciendo: —Te haré primer ministro, Buu.

Buu, que no era tan culto como Peluso, no sabía lo que era primer ministro.

—Y yo a ti, menestra —dijo, pues esa palabra le sonaba mucho.

—¡Un papel! —gritó Peluso.

En efecto, balanceándose al compás de las olas, un papel bajaba por el río.

Peluso y Buu se abalanzaron sobre él, y enseguida lo capturaron.

Con mucha dificultad, pues las letras estaban medio borradas por el agua, nuestros amigos

leyeron: «Venid».

—Pues es lo que estábamos haciendo —dijo Peluso—. Éste papel no ha servido para nada.

—Sí, Peluso, sí —dijo Buu—. Éste papel quiere decir que a donde tenemos que ir está más lejos, que no nos hemos pasado. Eso puede sernos útil.

Y, cogiendo una piedra, hizo una cruz en el suelo para dejar una señal.

A primera vista, a Peluso le pareció que Buu tenía razón; sin embargo, se quedó algo pensativo, pues tenía la creencia de que Buu no entendía bien las cosas y estaba seguro de que algo estaba mal en todo eso. Por fin suspiró aliviado y, cogiendo la piedra, hizo dos cruces más.

—Es por si acaso se borra alguna —explicó mirando a Buu con aire paternal.

Durante otro rato siguieron andando, hasta que empezaron a dudar si se habrían pasado esta vez.

—Hagamos una cosa —dijo Peluso—. Sentémonos un rato para ver si por el río viene algún otro mensaje. Si viene, seguimos adelante, y, si no, volvemos hacia atrás, hasta donde están las cruces, y nos fijamos bien en todo para ver si notamos algo raro.

Así lo hicieron; pero nada más sentarse, Buu dijo: —Fíjate en ese árbol, Peluso; está todo mojado, y hace más de un mes que no llueve.

Peluso dijo que verdaderamente era un caso raro.

—Y ese otro también está mojado, y el otro, y el otro.

—Apostaría algo —dijo Buu— a que todo esto tiene que ver con el papel que venía metido en la botella, y con el otro que venía sin botella y que salió tan empapado.

Ambos se quedaron pensativos.

—Me parece que yo ya sé lo que pasa. Éstos árboles están mojados de lágrimas de la princesa. Vamos a seguirlos —dijo Peluso echando a andar.

—¡Muy alta tiene que ser esa princesa! —dijo Buu.

—¡No, hombre, no! ¿No ves que está encantada? Yo creo que la han convertido en rayo de sol.

—Si yo fuera rayo de sol, estaría muy contento —dijo Buu soñadoramente—. Son tan bonitos...

—Eso lo dices porque no eres príncipe.



Los príncipes humanos son mucho más bonitos. Ya me verás a mí.

—O tú a mí —dijo Buu, que estaba muy insistón.

Peluso le dirigió una mirada sorprendida, pero, al ver las orejas tiesas y puntiagudas de Buu, su corazón se llenó de amor paternal, y le dijo sonriendo: —Claro, Buu, tú también puedes llegar a ser príncipe algún día.

Y cuando Buu levantó sus inocentes e interrogantes ojos hacia él, Peluso se derritió por completo.

—Solamente tú desencantarás a la princesa, Buu, y así serás príncipe hoy mismo.

Buu se avergonzó mucho cuando oyó esto, pues pensó que era él el que debía haberlo dicho, y estaba muy arrepentido de haber sido un insistón.

Pero Peluso no se dio cuenta de la turbación de su amigo y, cambiando por completo de conversación, siguió con su historia, mientras cogía a Buu de la mano, pues estaba tan preocupado que no seguía los árboles mojados.

—Debió de ser encantada en el río, y nos mandó esos mensajes cuando todavía tenía manos para escribir. Luego, ya de rayo, vino hacia aquí, y ahora debe de estar llorando cerca de nosotros. Cuando la encontremos sabremos que es ella, porque veremos el arco iris. Cuando un rayo de sol se moja, siempre sale el arco iris.

Habían llegado a un sitio donde los árboles mojados empezaban a escasear. Estaban como esparcidos. Aquí había uno, allí otro, más allá otro.

A Buu esto le pareció una prueba de que la princesa estaba cerca. Así que pensó que había llegado el momento de tomar una decisión, y en voz muy alta dijo: —Yo no quiero ser príncipe, Peluso; sélo tú. A mí me gustaría ser rayo de sol y mojarme de vez en cuando, y, si eso no es posible, me conformo con ser menestra.

—¿Pero qué dices? —preguntó Peluso, pensando que Buu estaba diciendo más disparates de lo que acostumbraba.

—¡Sí, Peluso, sí! —respondió Buu, con tal firmeza que Peluso no replicó.

Los dos estaban ahora parados, buscando con los ojos el próximo árbol mojado. Por fin lo vieron, y una gran agitación les entró por todo el cuerpo: ¡aquel árbol estaba chorreando! ¡Le caían gotas de cada hoja! Parecía que era él el que estaba llorando.

—La princesa debe de estar ahí —dijo Peluso.

—Peluso, tú ya sabes cómo se desencanta, ¿verdad?

Con gran disgusto, Peluso se dio cuenta de que no lo sabía.

—Pero, Peluso, ¿cómo se desencantaba en el libro ese que leíste?

—Bueno, eso era diferente; la princesa era un sapo, y había que decir: «Sapito, toca el pito».

—¡Ay, ay, ay! —dijo Buu nerviosísimo.

—No te apures, Buu; vamos a donde está el árbol y ya averiguaremos lo que hay que hacer. A lo mejor la misma princesa nos lo dice.

Se acercaron temblando de emoción, y, cuando llegaron, Peluso miró hacia arriba y, ¡cataplán!, un cubo de agua cayó de lo alto mojándolo todo y encasquetándosele en la cabeza.

—¡Qué mensaje tan raro, Pe...! —Buu iba a decir «Peluso», pero no le dio tiempo, pues se le

vino encima un trapo mojado que le tapó la cara.



A continuación se oyó un escándalo tremendo, y nuestros dos amigos notaron que algo muy grande había caído a su lado.

Cuando, después de forcejear un poco, lograron librarse del cubo y del trapo, vieron a su lado a Don Ron, sentado en un charco de agua, con la corona ladeada y sonriendo a todo sonreír.

—Lo sabía, sabía que alguno de mis súbditos acudiría a mis llamadas. ¡Es un trabajo tan grande para un solo batauto limpiar tanto árbol! ¡Y esta parte del bosque estaba tan sucia!

¿Para qué vamos a negarlo? Buu y Peluso se quedaron muy desilusionados al ver quién había resultado ser «la princesa encantada», pero Don Ron parecía tan contento, y tanto alabó sus inteligencias por haberle encontrado, que acabaron por olvidar su aventura.

Se pasaron el resto del día lavando árboles, que resultó ser un pasatiempo muy divertido. Además, cuando se cansaban, se ponían a dar volteretas, cosa que también complacía mucho a Don Ron. En fin, que lo pasaron los tres divinamente.

El muñeco de nieve

EN este mundo hay veces que pasan cosas muy raras; por ejemplo, durante el invierno hubo un día en que, después de tomarse un pastel muy grande, Erito se sintió de buen humor.

Salió al jardín y, viéndolo cubierto de nieve, se le ocurrió hacer un muñeco para regalárselo a Don Ron. Y como lo pensó, lo hizo.

Don Ron le dio muchas gracias y colocó al muñeco en su mesilla de noche.

—La pena es que se derretirá pronto —dijo Erito.

—¡Qué tontería! Verás cómo no —contestó Don Ron.

Naturalmente, Erito no hizo ningún caso a estas palabras, y se fue a su casa.

Durante el camino, como metiera el pie en un charco y se salpicara todo, Erito se puso de muy mal humor, y ya se quedó así durante mucho, muchísimo tiempo.

Llegó la primavera, y un día, yendo de paseo, Erito se encontró con Don Ron.

—¡Ah, Erito! ¿Sabes una cosa? —le preguntó—. El muñeco que me regalaste ha aprendido a hablar. Todas las mañanas, al despertarme, me dice: «Buenos días».

—Bah, bah, bah —fue todo lo que contestó Erito, y siguió su paseo.

Pero al poco rato se imaginó a Don Ron sentado en la cama, frotándose los ojos, y a un muñequito blanco que muy sonriente le decía: «Buenos días». Y Erito se sonrió. Claro que enseguida se puso serio.

—Bah, bah, bah. A ver si no pienso en tonterías —dijo.

Sin embargo, sin poderlo remediar, Erito se pasó el día pensando en lo que Don Ron le había dicho, y lo peor de todo fue que, al llegar la noche, ya se imaginaba al muñeco como si existiera de verdad.

Naturalmente, estaba enfadadísimo consigo mismo.

—Soy un tonto-retonto, un borrico-mulo —se decía en el colmo de la indignación—, pero haré una cosa: como mañana, lunes, es día de colada, cuando todos se hayan ido al río, iré a casa de Don Ron, entraré en el dormitorio y me convenceré de que el muñeco no existe.

Al día siguiente, Erito se encaminó a casa de Don Ron. Con gran alegría suya, vio que la ventana del dormitorio estaba abierta, y trepó sin dificultad.

Pero Don Ron, que, como todos los viejos, tenía sus manías, había hecho la colada del lunes el viernes por la tarde, y en ese momento se hallaba en su cuarto haciendo las cuentas del domingo.

—Uno y uno, dos, y uno, tres —iba diciendo Don Ron.

De repente se puso lívido:

—¡Zambombas! Yo juraría que alguien ha entrado por la ventana y, al verme, se ha escondido debajo de la cama. Pero no es posible. Desde la era cuaternaria no recuerdo haber visto ningún bandido.

Sin embargo, para asegurarse, Don Ron se acercó a la cama y, con voz trémula, preguntó: — ¿Qué está usted haciendo en mi cuarto?

—Venía a ver el muñeco de nieve —contestó Erito poniéndose colorado hasta las orejas, ya que consideraba tal cosa indigna de un batauto tan juicioso como era él.

Al oírlo, Don Ron dio un brinco tremendo y, pegando un portazo, salió corriendo escaleras abajo, gritando a todo gritar: —¡Socorro, socorro!

—No me ha debido de oír —pensó Erito—, pues, si no, me hubiera invitado a salir y contemplar cómodamente el muñeco.

Mientras, Don Ron había llegado al bosque y seguía gritando: —¡Socorro, socorro!

Por fortuna para él, Buu estaba constipado y, como el agua del río era muy fría, no había ido a lavar, y Peluso se había quedado para hacerle compañía. Ambos salieron al oír a Don Ron.

—¡Ay, hijos míos, hijos míos! —dijo Don Ron al verlos—. Hay un bandido debajo de mi cama, y dice que viene a ver el muñeco de nieve que tengo en la mesilla.

—Ya, ya —dijo Buu, que desde el día que no encontró a la princesa se había vuelto muy incrédulo.

Peluso tampoco se lo creyó.

—Bueno —dijo para tranquilizar a Don Ron—, no hay que preocuparse. Ésos bandidos son espíritus malos y, cuando se les dice «trigarabís», desaparecen para siempre. Lo he leído en un libro científico. Nosotros le ayudaremos.

Y guiñando un ojo a Buu, se puso en camino hacia la casa de Don Ron.

Al llegar, Peluso dijo:

—Mira, Buu, sube tú primero y di «trigarabís»; luego subiré yo, y lo diré también. Así haremos doble efecto.

Y volvió a guiñar un ojo.

Buu también guiñó su ojo, y alegre y confiado subió al dormitorio.

Mientras tanto, Erito, creyendo que Don Ron ya se había marchado, salió de debajo de la cama. En esto vio que la puerta se abría, y, muy de prisa, volvió a esconderse.

Buu llegó a tiempo de ver cómo desaparecía un zapato detrás de la colcha, y su corazón pareció encogerse. Dio un brinco muy grande y luego, cerrando la puerta de golpe, bajó despavorido.

«¡Pero qué manía ha cogido Don Ron de dar portazos y brincos!», pensó Erito con asombro, mientras Buu bajaba a todo correr.

—¡Ay, Peluso, que es verdad! —dijo Buu cuando llegó abajo—. Ahí arriba hay alguien.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —preguntó Don Ron.

—Nada, que he dicho «trigarabís» y no se ha ido.

—¡Ay, esos libros científicos! —gruñó Don Ron.

Y se puso a pasear muy nervioso, mientras Peluso y Buu se miraban pensativos.

Por fin, Peluso dijo a Buu:

—Buu, lo que pasa es que ese bandido debe de estar medio chiflado. Se ha creído la historia de Don Ron sobre su muñeco, y hasta que no lo vea no se marchará.

Buu tembló de miedo.

—Buu, no tiembles y piensa; tenemos que encontrar un muñeco de nieve.

—Pero, Peluso, ¡si estamos en primavera!

—Bueno, pues de algo que parezca nieve.

Gracias a Dios, siempre que se constipaba, Buu llevaba en el bolsillo tres pañuelos de repuesto.

—Oye, Peluso, como mis pañuelos son blancos, ¿por qué no hacemos un muñeco con ellos?

A Peluso le pareció bien la idea, y Buu sacó sus pañuelos.

—Déjame a mí —dijo Peluso haciendo una bola con un pañuelo, pues a Buu le temblaban las manos.

Luego, Peluso hizo otra bola más grande con los otros dos pañuelos, y puso una encima de la otra.

—La pequeña es la cabeza, y la mayor el cuerpo —explicó a Buu mientras las unía con un alfiler—. Ahora hay que llevar esto al dormitorio.

Buu agarró el muñeco obedientemente y se dispuso a subir, pero Peluso dijo con consciente valentía: —Iremos los dos, Buu.



Muy cogidos de la mano subieron las escaleras, abrieron la puerta del dormitorio y, muy deprisa, dejaron el muñeco encima de la mesilla. Entonces, Buu, sin poder contenerse más, dio un brinco grandísimo. Peluso tampoco pudo contenerse, y dio otro todavía mayor. Luego se abalanzaron hacia la puerta y, dando un portazo, se marcharon, dejando al pobre Erito lo que se dice «pasmado» debajo de la cama.

—¿Qué ha pasado ahora? —preguntó Don Ron.

—Ya está, dentro de poco oiremos al bandido saltar por la ventana e irse —dijo Peluso—.

Vamos a esperar tranquilamente.

Y los tres esperaron, aunque muy intranquilamente.

Cuando ya hacía un ratito que toda la casa estaba en silencio, Erito pensó: «Ésta vez parece que se ha marchado de verdad». Y saliendo de debajo de la cama miró hacia la mesilla de noche.

—¡Zambombas y panderetas! —dijo al ver el muñeco, sin creérselo todavía—. ¡Matasuegras y pitos! ¡Qué malo he sido! Yo, que me reía de las hadas buenas. No lo volveré a hacer.

Todavía se quedó mirando al muñeco un ratito, y luego se marchó ventana abajo sin sospechar la gran alegría que se llevaron Don Ron, Buu y Peluso al oírle salir.

Buu y Peluso acompañaron a Don Ron a su cuarto por si acaso tenía miedo todavía. Al llegar, Don Ron vio el muñeco que había hecho Peluso, y se puso contentísimo.

—¡Qué bien que no se lo haya llevado el bandido! Nadie se puede imaginar lo que me gusta este muñeco.

Y cogiéndolo de la mesilla, lo empezó a besar.

—Oye, Buu —dijo Peluso con súbita curiosidad—, ¿qué harías tú si en pleno constipado te quedaras sin pañuelos?

—Pues cogería los tuyos —contestó Buu sin dudarle.

Peluso se quedó algo parado ante tan rápida contestación, pero enseguida suspiró, resignado.

Desde entonces, cada vez que se acordaba del muñeco, Erito se ponía muy contento; y cuando un día oyó una historia de un bandido que de poco no se lo lleva, Erito se llenó de indignación y se fue a ver a Don Ron.

—Si ese estúpido vuelve por aquí —le dijo—, avíseme. Yo no digo «trigarabís» ni pongo pañuelos blancos donde no hacen falta, pero le iba a dar a ese cretino tal paliza que no le iban a quedar ganas de volver.

¡Un ogro!

PELUSO y Buu se habían ido a tomar el sol a una pradera cercana. Hacía ya un rato que se hallaban sentados en la hierba, hablando de esto y de lo otro y discutiendo sobre que si sí o que si no, cuando Peluso dijo: —Me gustaría poder atrapar un ogro.

—¿Para qué? —preguntó Buu.

—Para darle su merecido por ogro. Sería estupendo que todos los ogros recibieran su merecido.

La idea empezó a gustarle a Buu.

—Lo podríamos meter en una jaula y darle de comer solamente lechuga y tomate. Así aprendería a no comerse a los batautos crudos.

—Ni a los niños —dijo Peluso—. Hay libros que dicen que se han llegado a comer niños.

—¿Quiénes son los niños? —preguntó Buu, que no había leído tanto como Peluso.

—Unos seres raros que viven en ciudades o pueblos en lugar de vivir en los bosques y que, en vez de tener las orejas encima de la cabeza, las tienen a los lados.

—¡Zambombas! —dijo Buu, escandalizado. Pero enseguida se olvidó de los niños para volver a pensar en el ogro—. Pues le estaría muy bien empleado que lo metiéramos en una jaula y le diéramos de comer arroz con repollo.

—¿Por qué? —preguntó Peluso—. ¿Por qué arroz con repollo?

—Pues —dijo Buu— porque el arroz sería de nuestra parte, y el repollo de parte de los niños.

—Ah, bueno. Entonces, bueno —dijo Peluso, que no quería que se pensara de él que no entendía las cosas.

—Lo malo es que hace mucho que no se ven ogros por el bosque —dijo Buu, que en toda su vida no había visto ninguno.

—Sí, mucho —aseguró Peluso, que tampoco había visto ninguno.

En esto, nuestros amigos vieron algo que corría a esconderse detrás de un árbol.

—¡Un ogro! —dijo Peluso poniéndose de pie.

—No —dijo Buu siguiendo sentado—, ése es Erito, que se ha cortado el pelo y, como está muy feo, le da vergüenza que le veamos.

—No —dijo Peluso—, ése es un ogro que nos ha oído y se ha escondido para que no lo atrapemos.

—Si fuera un ogro —respondió Buu— se habría tirado encima de nosotros para comernos crudos.

—¿Pero no te estoy diciendo —dijo Peluso, que estaba seguro de que lo que le pasaba a Buu era que no comprendía las cosas— que es que el ogro nos ha oído y se ha escondido para que no lo atrapemos?

Peluso se había traído su comida en un saco, pues pensaba tomársela al aire libre, pero ahora sólo pensaba en el ogro. Así que, dando un tirón, vació el saco y dijo: —Lo mejor será que nos

acerquemos al ogro por la espalda, y, cuando estemos cerca, ¡plaf!, lo metemos dentro del saco —mas viendo que Buu dudaba, añadió:— Bueno, si tú no quieres, lo haré yo solo.

Esto fue suficiente para que Buu se levantara dispuesto a ayudar a Peluso, porque, como él decía: «Si le dejo solo, este Peluso es capaz de hacer algún disparate». Y nuestros dos amigos agarraron el saco, cada uno por un lado, y se dirigieron al árbol. Luego lo rodearon muy despacito, y..., ¡plaf!, metieron dentro un bulto que había agazapado junto al tronco.

—¡Hemos atrapado un ogro! ¡Hemos atrapado un ogro! —gritaba Peluso, todo emocionado—. ¡Se contará nuestra hazaña! ¡Saldremos en los libros de cuentos!

Buu no estaba tan contento, pues pensaba que a lo mejor no era un ogro, pero no dijo nada.

Entonces se planteó el problema de la jaula.

—¿En qué jaula lo metemos, eh? ¿En qué jaula lo metemos si no tenemos jaula? —dijo Buu.

Peluso estaba empeñado en que eso daba igual, y que lo mejor era encerrar al ogro en casa de Buu y llevarle todos los días un kilo de arroz y un kilo de repollo para comer.

—Y tú, Buu —le dijo—, te podrías venir a vivir conmigo hasta que el ogro esté bien escarmentado.

Pero a Buu la idea no le gustaba nada, porque pensaba que quizá el ogro se hartaba de comer arroz y repollo y empezaba a comerse sus muebles. A lo mejor hasta se comía la mecedora que Buu tenía en su despacho y en la que pasaba tan buenos ratos: que si para adelante, que si para atrás.

—No, no. Yo creo que es mucho mejor encerrar al ogro en tu casa, Peluso —decía Buu.

Por fin, después de mucho discutir, decidieron que sentarían al ogro, con saco y todo, en una silla, harían un agujero en el saco por donde estuviera la boca y todos los días le darían de comer arroz con repollo.

—Lo principal es que coma arroz con repollo —acordaron—. Que esté encerrado o no es lo de menos.



Y cuando el arroz y el repollo estuvo preparado, Buu hizo un agujero y, ¡plaf!, metió en la boca del supuesto ogro una cucharada llena. Y cuando éste hubo tragado y abrió la boca para decir algo, pues, ¡plaf!, otra cucharada, y así hasta que se acabó el arroz y el repollo. Entonces se oyó una voz que decía: —¡Estoy harto de arroz y repollo! ¡Sois unos necios! ¡No me hacen gracia vuestras bromas!

—Peluso —dijo Buu—, ésta es enteramente la voz de Erito.

—¡Qué tontería! —dijo Peluso—. Es la voz de un ogro.

Pero Buu no las tenía todas consigo, y agrandando el agujero dejó al descubierto la pelada cabeza de Erito.

—¡Sacadme de aquí! —gritó.

Peluso, al ver esto, se cayó sentado.

—¡Ay, ay, ay! ¡Ay, qué decepción! ¡No es un ogro! ¡Pero qué decepción! De decepción, ni me puedo menear.

—¡Sacadme de aquí! —gritó Erito.

Buu empezó a sacarle del saco. Una vez libre, Erito agarró una silla y..., no se sabe cómo, Peluso se dio cuenta de que sí se podía menear, y se encontró corriendo por el bosque seguido de Erito, que le amenazaba con un buen silletazo.

Buu, tampoco se sabe cómo, se encontró en su casa con el corazón palpitante y empujando con todas sus fuerzas la mecedora, una mesa y la cama contra la puerta.

Pero la situación de Peluso era mucho peor. Hasta bien entrada la noche tuvo que correr a todo correr seguido de Erito, hasta que por fin, exhaustos los dos, se marcharon cada uno a su casa.

A la mañana siguiente, Buu fue a casa de Peluso a ver qué había pasado. Peluso estaba metido en la cama con el embozo hasta los ojos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Buu.

—Estoy malo. Tengo agujetas, y sobre todo —añadió tercamente— tengo decepción.

—¿Y esa enfermedad es muy grave? —preguntó Buu.

—Depende. Igual puede durar un día, como un mes, como un año, o toda la vida.

A Buu le entró una preocupación muy grande, y se quedó en casa de Peluso para cuidarle.

Sólo salió al mediodía a comer un poco y comentar la noticia con los demás batautos.

Por la tarde, Peluso recibió muchas visitas, y se le notó una gran mejoría, pues estaba muy animado y no paraba de hablar con unos y con otros.

Pero la visita que más le gustó fue la última: a eso de las ocho, Erito apareció con un ramo de violetas en la mano.

—¿Sabes, Peluso? Yo te quería decir... Bueno, si yo llego a saber que estabas enfermo, no hubiera intentado pegarte.

Una reunión secretísima

UN día, Peluso dijo a Buu: —Buu, ¿qué te parece si vamos esta tarde a la cueva maravillosa y tenemos una reunión secreta entre tú y yo?

—Muy bien —contestó Buu—. Me parece muy requetebién.

—Bueno —dijo Peluso—. Entonces, cuando acabe de comer, vendré por ti y así vamos juntos.

Y en vista de eso, Buu se puso a comer muy temprano para acabar antes de que su amigo llegara, pues, si no, a lo mejor iba Peluso y se comía el pastel de coco que tenía preparado para postre.

Peluso también comió pronto, pues pensó que si llegaba a casa de Buu a la hora del postre, a lo mejor éste le convidaba, y fue mucha su desilusión al llegar y ver que Buu ya había acabado de comer y estaba fregando los platos.

—¡Hola, Peluso! Pasa, pasa, que me ayudarás a secar —dijo Buu al verle.

—Bah, bah —masculló Peluso—. ¡Secar los platos!

—¿Qué dices? —dijo Buu.

—¡Que esperes a que me limpie los pies! —gritó Peluso poniéndose a patalear encima del felpudo, y no paró hasta que Buu hubo acabado con los platos. Entonces entró ya de buen humor, y dijo que lo iban a pasar muy bien, porque hacía muy buen día, y el paseo hasta la cueva iba a ser muy agradable, y la reunión secreta, un éxito seguro.

Buu se puso muy contento al oír esto y, quitándose el delantal de cocina, lo colgó en una percha y, junto con Peluso, salió de su casa con el corazón lleno de buenos presagios.

Y andando, andando, llegaron a la cueva, y Peluso dijo: —Ahora, Buu, para que la reunión sea secreta, secreta, secreta, nos tenemos que tapar la cara. Toma.

Peluso le dio un pañuelo, y Buu se lo echó por la cara. Peluso se echó otro, e inmediatamente se pusieron a hablar de cosas secretas. Mejor dicho, fue Peluso el que se puso a hablar, y siguió y siguió, pues, aunque Buu intentaba también hablar de vez en cuando, no lo conseguía. Y en esto se oyó: «plaf, plaf, plaf».

—¡Sss, cállate, Peluso! ¿Has oído eso? ¿Qué podrá ser? —chilló Buu.

—Es un ruido —contestó Peluso, que no tenía ningunas ganas de callarse—. Sigamos hablando.

Y Peluso se puso a explicar a Buu que la luna saldría aquella noche con la forma de cuarto creciente, y entonces se volvió a oír: «plaf, plaf, plaf».

Buu se levantó el pañuelo de sus ojos.

—¡Qué raro! —dijo—. Yo no veo nada.

—Ni yo tampoco —aseguró Peluso, con la cara tapada por el pañuelo, lo cual fue una pena porque, si se la llega a destapar, seguramente hubiera visto algo allí, justo detrás de Buu.

Pero Peluso estaba muy ocupado hablando sobre cosas secretísimas, como el tiempo que había hecho esa semana y lo buena que era la limonada con azúcar, y no paró hasta que de repente sonó:

«PLAF, PLAF, PLAF».

—Peluso, aquí está pasando algo —dijo Buu.

—Calma, Buu —contestó Peluso—, y sobre todo no te quites el pañuelo de la cara. Recuerda que esto es una reunión secreta.

—Pero... —protestó Buu.

—¡No te lo quites! —le repitió Peluso—. Déjame, que voy a pensar seriamente lo que tenemos que hacer.

Buu se echó a temblar, pues eso era una señal de peligro inminente. Siempre que Peluso se ponía a pensar ocurría alguna catástrofe. Sin embargo, debido a sus ganas de hablar, Peluso no tomó ninguna determinación peligrosa.

—Buu, Buu —dijo—. He pensado que lo mejor será que no hagamos caso del ruido y sigamos charlando. Verás...

Y Peluso habló y habló. Llegó a contar a Buu lo que no había contado a nadie.

Le dijo que tenía un jabón que hacía muchas pompas, y que cuando se bañaba, en vez de restregarse, lo pasaba muy bien soplándolas para que volaran por el cuarto de baño.

También le dijo que por las noches se hacía un nudo en el flequillo, para así tenerlo rizado durante el día, y que a veces, en lugar de dormir y callar, se ponía a tocar la flauta, porque le divertía más.

Buu le escuchaba; pero estaba intranquilo, porque los «plaf, plaf, plaf» se seguían oyendo y también se oía algo así como «ji, ji, ji» o «jo, jo, jo». No se distinguía muy bien.

Solamente al final de la tarde se dejaron de oír los ruidos, pero al poco rato Peluso dijo que tenía la garganta reseca y que se quería ir a su casa a beber un poco de agua.

Por el camino, todavía Peluso habló algo sobre un plato de natillas que se comió el domingo; y cuando llegaron al bosque, su sorpresa fue grande al ver a todos los batautos reunidos en la explanada.

—¿Qué pasa? —preguntó Buu.

—Estamos esperando a que salga la luna, porque creo que esta noche va a tener la forma de un cuarto crecido.

—Será de cuarto creciente. Pero ¿cómo lo sabe toda esa gente? ¡Si yo soy el único que entiende de astronomía! —dijo Peluso.

Un poco más lejos, un batauto decía: —Chico, yo no lo sé, porque no he salido ningún día, pero he oído que esta semana ha hecho muy buen tiempo. ¿Es verdad?

Y en otro grupo se comentaba:

—¿Sabéis las noticias? La limonada con azúcar está muy buena, y Peluso no se frota cuando se baña.

—Sí, y se hace un nudo en el flequillo para dormir.

—Y además toca la flauta por la noche.

—¡Huy! —dijo Peluso, muy mosca.

—Peluso —dijo Buu—, alguien nos ha escuchado en la cueva. Nuestra reunión no ha sido secreta.

—Ya me parecía a mí que se oían ruidos muy sospechosos —dijo Peluso—. ¡Qué pena! Mira que después de habernos tapado la cara y todo...



Pero Peluso no era un batauto que se dejara vencer fácilmente. Las dificultades le daban nuevas fuerzas, y esta vez, además, le dieron nuevas ganas de hablar. Así que dijo a Buu: —Si ese tonto que nos escuchó se cree que nos va a dejar sin reunión secreta, se equivoca. Yo todavía tengo muchas cosas que contarte, Buu. Si quieres, volvemos mañana a la cueva para tener otra reunión y, si oímos «plaf, plaf, plaf», nos liamos a garrotazos. ¡Y ya está!

—Eso —dijo Buu, muy contento de tener ya plan para el día siguiente.

En esto se oyó un murmullo de admiración: la luna había salido y, como Peluso dijera, tenía la forma de cuarto creciente, y estaba más bonita que nunca. Esto fue suficiente para borrar toda huella de desilusión en nuestros dos amigos.

Y al día siguiente tuvieron una reunión verdaderamente secreta. Tan secreta secreta fue, que nadie sabe lo que se dijo en ella.

La estatua de Don Ron

DON Ron se hallaba muy satisfecho. Había repasado los hechos de su reinado y le pareció que todos habían sido muy útiles y provechosos.

«Aumento de mi colección de sonrisas, muchas volteretas dadas por mis súbditos para complacerme, los árboles del bosque lavados», iba recordando para sus adentros. «Sí, estoy contento, muy contento. Sin embargo, me da en la nariz que todavía queda algo por hacer. ¿Qué podrá ser?». Y Don Ron se puso a pensar. «Nada, no doy con ello», se dijo al cabo de un rato. «¡Que no se me ocurre nada!», se dijo al cabo de otro rato, nerviosísimo. Y al rato siguiente, cuando ya de puro nervioso que estaba se iba a poner cabeza abajo, dio un grito de triunfo: —¡Ya está! Lo que tengo es que hacerme una estatua. Todos los reyes se mandan hacer estatuas.

Don Ron se puso contentísimo de haber solucionado el problema. Sólo le quedaba pensar a quién se la iba a encargar.

Podía encargarla a Peluso o a Buu. No cabía duda de que estos dos batautos eran unos buenos vasallos. También estaba Erito, que a pesar de su aspecto gruñón tenía muy buen corazón. Sin embargo, la elección de Don Ron recayó sobre Gusi: «Sí», pensó Don Ron, «porque a ése, como es tan patoso, le costará mucho trabajo, y ya se sabe que cuanto más trabajo cuesta una obra, más mérito tiene. ¡El trabajo es lo que vale! ¡El trabajo es inmortal! Como veis, Don Ron seguía con sus extrañas ideas».

Gusi, al recibir la noticia, se llevó un susto tremendo. De preocupado que estaba, apenas pudo dormir esa noche. Sólo a fuerza de cerrar mucho los ojos consiguió dormirse a las seis de la mañana, pero a las seis y cinco se volvió a despertar. Entonces Gusi decidió levantarse y empezar su obra.

Primero hizo un montón y luego intentó darle la forma de batauto. Pero el montón tomó primero la forma de elefante, luego parecía un cocodrilo, luego Gusi se cayó encima, y el montón se vino abajo.

Con gran tenacidad, Gusi levantó otro montón, y cuando éste iba tomando la forma de hipopótamo, Gusi perdió el equilibrio, se cayó y... ¡otra vez el montón se vino abajo!

—¡Así no se puede! Sin material bueno es imposible trabajar —dijo Gusi. Pero como era un batauto de gran voluntad, otra vez volvió a levantar el montón—. Habrá que endurecerlo primero —dijo Gusi, y cogiendo una pala empezó a dar palazos al montón, y palazo va y palazo viene, y palazo viene y palazo va. El montón ya estaba durísimo y los palazos seguían yendo y viniendo, hasta que Gusi tropezó y se volvió a caer encima. Pero esta vez el montón no se vino abajo.

Gusi se levantó y..., ¡oh, maravilla!, plasmada en la tierra había quedado la imagen perfecta de un batauto. Bien es verdad que el tal batauto se parecía más a Gusi que a Don Ron, pero eso no tenía importancia.

—Lo principal es que tenga ojos y orejas —dijo Gusi, contentísimo.

Casi, casi no se podía creer que él hubiera hecho eso.

—Pues lo he hecho yo, pues lo he hecho yo, y todo el mundo lo va a saber.
Y con mucho trabajo escribió debajo del montón:

Hestatua de Don Ron
echa por Gusi
(Fue Gusi quien la hizo)

Y como la inauguración de la estatua no era hasta la tarde, Gusi la tapó con una sábana y, después de avisar a Don Ron que todo estaba preparado, se fue a su casa a dormir.

La noticia de la estatua se extendió por el bosque, y todos estaban nerviosísimos y deseando verla.

Buu se puso agitadoísimo, y tres horas antes de la inauguración ya se había ido a recoger a Peluso para poder ir juntos.

A Peluso le había encargado Don Ron tocar la trompeta, pues en todas estas ocasiones suele haber una banda de música, y, en el momento en que Buu llegó, estaba ensayando.

Como la puerta estaba cerrada, Buu llamó: «Tan, tan, tan», hizo Buu con los nudillos.

«Tararí, tararí, tararí», hizo Peluso con su trompeta, sin oír a Buu.

«Tan, tan, tan», volvió a llamar Buu.

«Tararí, tararí, tararí», contestó la trompeta.

—¡Peluso, Peluso, ábreme! —chilló Buu.

«Tararí».

—¡Huy! Si me ha parecido oír la voz de Buu —dijo Peluso.

Y fue a abrir la puerta.

Buu venía con un acordeón, pues eso era lo que él debía tocar. Peluso se alegró mucho de verle, porque así podrían ensayar juntos.

—Verás —explicó—: yo primero hago «tararí» con la trompeta, y entonces vas tú y haces «la, la, la» con el acordeón.

—Bueno —dijo Buu—, pero ¿no llegaremos tarde?

—¡Qué va! ¡Todavía queda mucho tiempo!

Así que Peluso empezó a hacer «tararí» y Buu contestaba «la, la, la», y entonces a Peluso se le ocurrió que haría mucho más bonito si después de «la, la, la» sonara «pon, pon, pon».

—Eso lo tenía que hacer Erito. Erito es el que tiene el tambor —dijo Buu.

—Pues vamos a su casa —contestó Peluso; y allí se marcharon.

Erito estaba ese día de peor humor que de costumbre, y decidió que él no hacía «pon, pon, pon», y que eso era una tontería.

Hizo falta toda la diplomacia de Peluso para convencerle.

Mientras tanto, Gusi se había despertado.

—Me gustaría ver la estatua otra vez antes de que la inauguren —dijo; y, levantándose, se dirigió hacia allí.

Y cuando estaba al lado de la estatua, Gusi estornudó fortísimo. ¡Cómo sería de fuerte que todo él se cayó encima del montón, con tal ímpetu que lo derribó!

¡Figuraos el disgusto de Gusi! Ya no había tiempo de hacer otra estatua. El pobre empezó a llorar, y tantas y tan gordas eran sus lágrimas, que al caer hicieron un agujero en el suelo, y, como Gusi seguía llorando, y las lágrimas cayendo, el agujero se llenó de agua.

En esto, empezó a oírse: «tararí», «la, la, la», «pon, pon, pon».

«¡Ya vienen, ya vienen!», pensó Gusi, y, avergonzado, tapó el charco con la sábana y se fue a esconder detrás de un matorral.

Al poco rato, todos los batautos estaban allí congregados. Don Ron se adelantó, levantó la sábana, miró hacia abajo y..., ¡oh!, de la emoción tan gorda que le entró casi no podía hablar. Por fin, dominándose mucho, dijo: —¡Es mi vivo retrato! Parece como si me estuviera mirando en un espejo.

Todos los batautos miraron hacia abajo, mas sólo vieron un charco que reflejaba sus caras. Pero Don Ron continuó temblando de emoción.

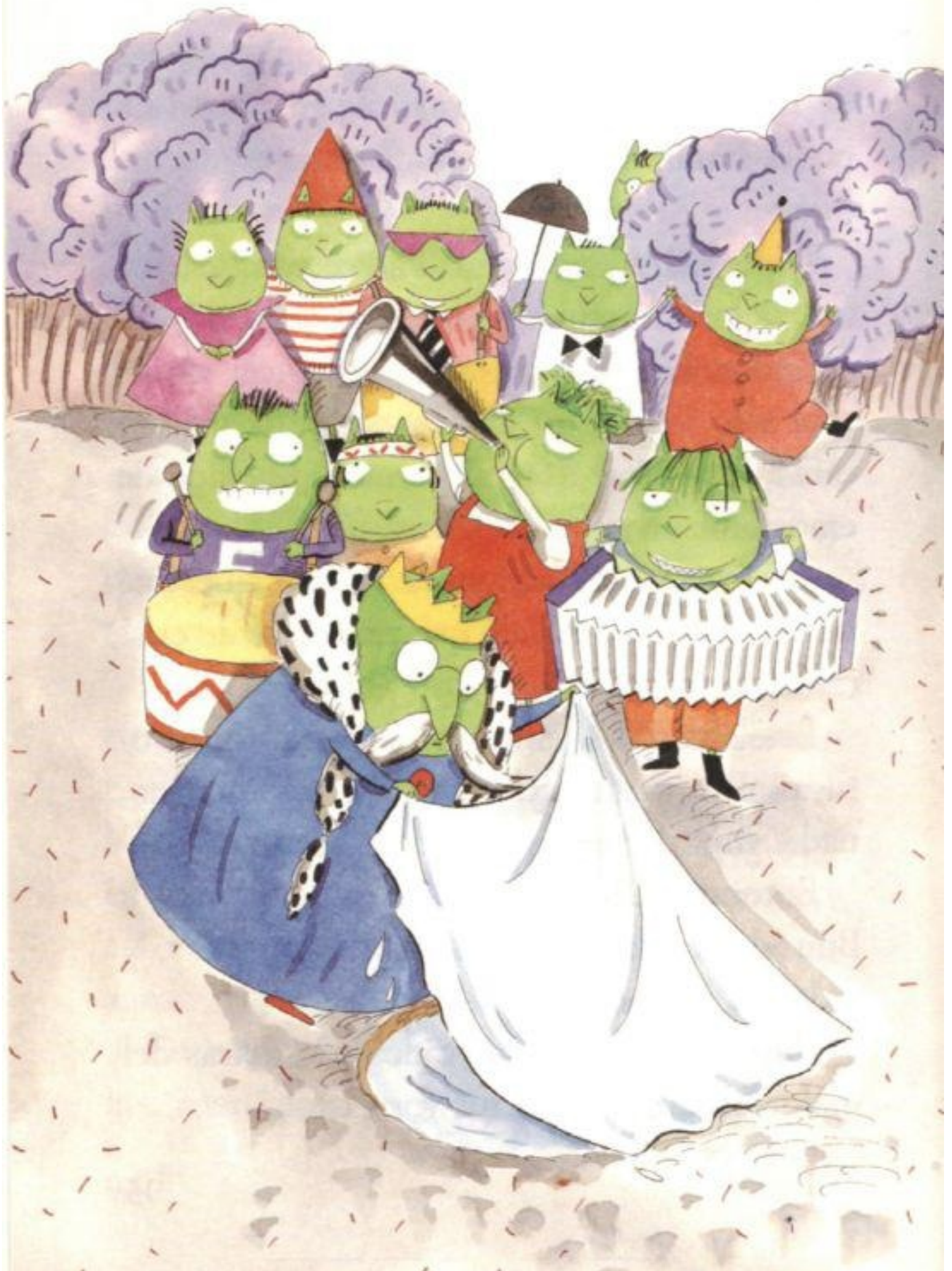
—Lo que más me gusta es con qué está hecho. Estoy seguro de que esta clase de cristal es inmortal.

Los batautos se miraron unos a otros, confusos. Pero, como ya conocían a Don Ron, nadie dijo nada.

Entonces Peluso empezó a tocar «tararí», y Buu «la, la, la», y Erito «pon, pon, pon», y todos se fueron.

Gusi, que había observado todo detrás del matorral, también se fue a su casa.

—Para que luego digan que soy patoso; y hoy, sin ir más lejos, he hecho dos estatuas. ¡Un gran escultor! Eso es lo que soy. ¡Todo un gran escultor!



¿Verde o azul?

—CARAMBA, caramba, caramba —decía Peluso rascándose las orejas—. Caramba, caramba, caramba —decía Peluso frotándose los ojos—. Caramba, caramba, caramba —siguió diciendo Peluso poniéndose boca abajo y mirando atentamente el agua del lago.

Aquella tarde, después de comer, Peluso había salido a dar un paseo y, andando, andando, andando, había llegado hasta el lago que había detrás de la montaña que había detrás del río.

El agua estaba muy tranquila, y conforme iba andando, Peluso la iba mirando. De repente se paró y frunció el ceño. Allí estaba pasando algo raro. El lago unas veces era azul y otras era verde, y eso no podía ser. Todo el mundo sabe que, si una cosa es verde, no es azul.

—Vamos a ver, vamos a ver —dijo Peluso mirando atentamente el lago, dispuesto a aclarar el asunto—. ¡Es azul, es azul! —exclamó. Pero apenas lo había dicho cuando le pareció que no, que era verde—. ¡Es verde, es verde! —gritó convencido. Pero en aquel instante el agua se volvió azul.

Peluso estaba consternado, porque cuando él estuviera en su casa y quisiera pensar en el lago que había detrás de la montaña que había detrás del río, ¿en qué iba a pensar, en un lago verde o en un lago azul?

—Caramba, caramba, caramba —dijo Peluso durante mucho tiempo con las narices pegadas al lago.

Atardecía ya, el sol se iba yendo, y Peluso estaba hecho un verdadero lío. Para colmo, hubo un momento en que el lago adquirió una tonalidad amarillo-rojiza. Esto ya era demasiado. Peluso ni lo quiso ver. Espantadito, se levantó y se alejó corriendo de aquel lugar.

Estaba tan preocupado que sintió la necesidad de buscar un amigo y contarle su problema. Así que se dirigió a casa de Buu.

Buu tampoco había pasado muy buen día. Mejor dicho, al principio sí, al principio se divirtió mucho. Lo malo vino después.

Buu se había levantado con el firme propósito de hacer limpieza general en su casa. Entró en el comedor, provisto de un trapo para el polvo, y empezó a pasarlo por una silla.

«Esto se limpiaría mucho mejor con un plumero», pensó Buu, y saltando por encima de la silla salió por el plumero.

Después de la silla, Buu empezó a limpiar el sofá.

«Esto se haría mejor con un cepillo», pensó Buu, y saltando por encima del sofá salió por un cepillo.

Al entrar, Buu saltó con gran limpieza por encima de la mesa.

«Vaya, vaya», se dijo, muy contento de sí mismo. «¿A que también salto el aparador?». Y, tomando carrerilla, se abalanzó al aparador y lo saltó.

Ante este nuevo éxito, Buu se olvidó por completo de la limpieza general.

«Apuesto a que soy capaz de saltarme el taburete gigante. Apuesto a que sí».

Y Buu se fue por un taburete gigante que había heredado de un antepasado suyo que era enano

y se sentaba en él a la puerta de su casa para tomar el sol y para hacerse la ilusión de que era más alto que nadie.

Buu colocó el taburete en medio de la habitación, tomó carrerilla y, gritando «Hala, Buu; hala, Buu», dio un formidable salto, yendo a caer justo encima del taburete, el cual, como lo más que había sostenido era un enano, se rompió, y Buu se hundió hasta las narices.

—¡Ay, que no me puedo mover! —dijo Buu.

Y efectivamente, el taburete le quedaba algo justo.

—¡Sacadme de aquí! ¡Sacadme de aquí! —gritó Buu.

Pero como estaba solo, nadie le oyó.

Ya hacía muchas horas que Buu estaba metido dentro del taburete, cuando la puerta se abrió y apareció Peluso.

—¡Peluso, Peluso! —gritó Buu con gran alegría, seguro de que su amigo le sacaría de allí.

Pero Peluso no pareció encontrar nada raro en la situación de Buu. Lo miró muy seriamente y, sin darle las buenas tardes ni nada, le hizo esta pregunta: —Buu, ¿tú crees que una cosa puede ser azul y verde al mismo tiempo?

—¡Claro que sí! —contestó Buu—. Precisamente mi jersey a rayas es así. ¡Qué cosa más tonta acabas de decirme!

Y es que Buu se había figurado que Peluso, al verle metido en el taburete, iba a decir «huy», o «ay», o «zambombas y panderetas», o alguna de esas exclamaciones propias del caso.

—Buu —dijo Peluso con infinita paciencia—, has de saber que el lago no tiene rayas, y que la cosa no es tonta, porque suponte que llueve, y no puedo salir, y entonces pienso en el lago. ¿En qué pienso? ¿En un lago azul o en un lago verde?

—¡Piensa en un lago violeta, pero sácame de aquí! —gritó Buu, a quien la larga estancia dentro del taburete le había puesto de bastante mal humor.

Peluso suspiró. Viendo que Buu no le entendía, cogió el portante y se volvió a marchar.



—¡Peluso, Peluso! —chilló Buu casi histérico, pues no había comido ese día y estaba viendo que tampoco iba a cenar.

Pero Peluso estaba tan preocupado, tan metido en su problema, que ni le oyó.

Al llegar a su casa volvió a suspirar y se sentó en una butaca. Bueno, tendría que renunciar a pensar en el lago, pero por lo menos tenía a Buu, y Buu, aunque no comprendiera las cosas, era algo muy tierno en que pensar.

«Sobre todo», se dijo Peluso, «si se es tan amigo de él como lo soy yo».

Y Peluso empezó a pensar en Buu y, pensando en Buu y pensando en Buu, le vino a la memoria un Buu angustiado, metido en un taburete.

—¿Eh? ¿Así estaba Buu? —dijo Peluso levantándose de su butaca.

Y, sin pérdida de tiempo, salió corriendo hacia la casa de Buu.

—¡Huy! ¡Ay! ¡Zambombas y panderetas! —dijo Peluso al entrar, cosa que reconfortó mucho a Buu.

Luego cogió un cuchillo y partió el taburete en dos.

—¡Ay! Gracias, Peluso. Tenía miedo de quedarme sin cenar —dijo Buu saliendo del taburete.

Peluso dijo «De nada» y, como al oír a Buu hablar de la cena le había entrado un hambre repentina, se marchó a su casa a comer algo.

En cambio, Buu, una vez fuera del taburete, no se acordó más de la cena y se puso a pensar en Peluso, y cuanto más pensaba, más cariño sentía por él.

«Es un gran batauto», se dijo; «algo lento, eso sí, pero un gran batauto».

Y pensando en Peluso y pensando en Peluso, le vino a la memoria un Peluso angustiado, explicándole que no sabía si tenía que pensar en un lago verde o en un lago azul.

—¡Pobre Peluso! —dijo Buu—. ¿Conque ése era su problema? Pues eso se lo soluciono yo, y ahora mismo.

Y sin pérdida de tiempo salió corriendo hacia casa de Peluso.

—Peluso —dijo Buu al entrar—, lo que tienes que hacer es: los lunes, miércoles y viernes, pensar en un lago azul; y los martes, jueves y sábados, en un lago verde; y los domingos, descansar y pensar en el río.

Peluso, que en aquel momento tenía la boca llena de patata cocida, ni siquiera le pudo dar las gracias. Se quedó allí, inmóvil ante tan admirable solución. Luego reaccionó y se puso a pensar, y, cuanto más pensaba, más admirado se quedaba.

—Hay que reconocer que este Buu, a veces, hasta parece listo. Es un gran batauto; algo lento, eso sí, pero un gran batauto.

La partida de canicas

DURANTE mucho tiempo, Don Ron había guardado en un cajón ciertas cosas de gran utilidad, como, por ejemplo, tres cajas vacías, carretes de hilo sin hilo, un caramelo de limón a medio chupar, etcétera, etcétera, pues, como él decía: —Siempre se deben tener estas cosas para las grandes ocasiones.

Y cuando el cajón se llenó, decidió que era hora de que la gran ocasión llegase, y, ni corto ni perezoso, se lanzó al bosque, y una por una fue entrando en todas las casas de los batautos y diciendo: —Ésta tarde, gran partida de canicas, grandes premios, gran emoción.

Naturalmente, esta gran noticia produjo gran revuelo. Los batautos empezaron a buscar sus canicas. El que peor lo pasó fue Buu, que, después de haber revuelto todos los armarios y mirado debajo de todos los muebles, se acordó de que un día que no tenía caramelos se metió la canica en la boca y, sin darse cuenta, se la tragó.

—Y ahora, ¿con qué juego yo? —decía angustiadísimo. Y decidió ir a casa de Peluso para ver si le podía prestar una.

Peluso estaba muy ocupado quitando el polvo a su canica preferida: una a rayas violetas y moradas. Sin embargo, cuando oyó la triste historia de Buu, empezó a rebuscar en sus cajones, y, al fin, sacó una canica de un verde transparente precioso y se la dio a Buu.

—¡Qué bien! —dijo éste—. Si parece un caramelo de menta.

—¡Pues es una canica, es una canica y es una canica! —aseguró Peluso con mucho énfasis, pues estaba viendo que, si Buu se la metía en la boca, Peluso se quedaba sin canica.

Y así fue como, a la hora de la partida, Buu también pudo ir. Pero fue Peluso el que empezó a ganar. Ya tenía dos cajas vacías, un carrete sin hilo y un globo desinflado, todo conseguido como premios.

—Yo no juego —protestaba continuamente Erito—; si Peluso sigue ganando, yo no juego.

Pero nadie le hacía caso, y menos que nadie Peluso, que, de contento y orgulloso que estaba, ni siquiera le oyó.

—Lo importante es la técnica —aseguraba—, la técnica es lo que importa.

En esto, Don Ron sacó el caramelo de limón.

—Quien gane la próxima vez, se lo lleva —aseguró.

¡Figuraos la gran emoción que estas palabras produjeron! Peluso calculó el tamaño del caramelo y pensó que bueno, que le dejaría dar un mordisco a Buu. Erito pensó que si Peluso lo ganaba, él ya no volvía a jugar, y después de esto empezó la partida.

Salió Peluso con una jugada magnífica, pues casi, casi, su canica recorrió la mitad del camino hacia la meta; en cambio, a las demás parecía que les costaba trabajo rodar, y enseguida se paraban.

—Yo no juego, yo no juego —repetía Erito constantemente.

La canica de Peluso ya estaba llegando a la meta, y Peluso le dio un fuerte papirotazo para

acabar la partida, pero la canica interpretó mal sus intenciones y se salió del camino. Según las reglas del juego, a quien le pasa esto tiene que volver a empezar.

Ante este acontecimiento inesperado, Erito dejó de repetir que él ya no jugaba. Ahora era su canica la que iba la primera, y decía: —Lo importante es la técnica, la técnica es lo que importa.

—Yo no juego, yo no juego —iba a decir Peluso en desquite, pero entonces vio la canica de Buu, que se ponía en cabeza, y se consoló bastante.

«Bueno», pensó, «si gana Buu, me dejará dar un mordisco».

La partida fue reñidísima, y al final... fue Erito quien ganó.

Pero, ante el gran asombro de todos, Erito no se comió el caramelo, sino que se lo guardó en el bolsillo.

—¿Por qué no se lo comerá? ¿Por qué no se lo comerá? —se preguntaban todos.

Pero Erito, con ceño muy fruncido y el caramelo muy guardado, no se dignó dar explicaciones.

Las partidas siguieron y hubo premios para todos, pues, a pesar de que Peluso era el que mejor jugaba, todos ganaron alguna vez. ¡Hasta Gusi ganó un papel de plata precioso que hacía «cri-cri» cada vez que lo tocaban!

Y cuando ya no le quedaban a Don Ron más cosas útiles que dar a sus súbditos, el juego se acabó, y todos se fueron a sus casas.

Peluso había ganado tantos premios que él solo no podía llevarlos, y Buu tuvo que ayudarle. Entre los dos cargaron con toda una colección de carretes sin hilo, gran cantidad de piedras del arroyo, unas diez cajas vacías, muchas chapas y algún que otro palo de chupa-chups y polos.

Cuando llegaron a su casa, Peluso colocó todas estas cosas en una mesa donde él tenía todos sus trofeos. Estaba muy contento, y con mucha magnanimidad dijo a Buu: —Buu, si te gusta algo te lo puedes llevar.

A Buu le gustaba todo, pero no quiso llevarse nada, pues esas cosas, si no las ha ganado uno mismo, no tienen valor.

Entonces empezaron a hablar de Erito y de por qué no se habría comido el caramelo.

—Lo guardará para el domingo —dijo Buu.

—O para después de una medicina que sepa muy mal —dijo Peluso.

—O por si le entra la tos a mitad de la noche —dijo Buu.

—Bah, bah, tonterías —dijo Peluso—. Yo apuesto a que se lo está comiendo ahora. Lo que él quería era comérselo a solas.

—Pues yo apuesto a que no —dijo Buu.

—Vayamos a su casa y así veremos lo que ha pasado con el caramelo.

Y, cogidos de la mano, Peluso y Buu se fueron a casa de Erito.

Había luz en el salón. Peluso y Buu se acercaron de puntillas a la ventana y miraron a través del cristal.

Erito no estaba allí, pero en un pedestal en medio de la habitación se hallaba el caramelo. En el pedestal estaba escrito: «Primer Trofeo Partida de Canicas», y enmarcando el caramelo había una cinta blanca con la siguiente inscripción: «Lo importante es la técnica, la técnica es lo que importa».

—¿Sabes, Buu? —dijo Peluso—. ¿Sabes que Erito tiene un gran sentido del simbolismo?

Buu se quedó boquiabierto ante esa palabra tan rara.

—¿Y qué es eso de «simboliosismo»? —preguntó aterrado, no fuera que resultara ser algo malísimo.

—Pues —dijo Peluso— ese caramelo es un símbolo.

—¡Ah, menos mal! —dijo Buu.

El capricho de Don Ron

CUANDO Don Ron se enteró de que los canguros tenían una bolsa en la barriga y andaban a saltos, se quedó algo preocupado; pero cuando días más tarde supo que los elefantes cogían las cosas con las narices y que las gallinas dormían en un palo a la pata coja, no pudo ocultar su disgusto.

«Los batautos somos una vulgaridad», se dijo. «Aquí nadie hace nada que merezca la pena».

Y desde entonces, cuando sus súbditos daban volteretas en su honor, Don Ron los miraba despectivamente y decía: «¡Bah, bah, bah!».

—¿Qué le pasará a Don Ron?

—¿Y por qué dirá «bah, bah, bah» cuando damos volteretas?

—¿Y por qué estará siempre tan triste? —se decían los batautos unos a otros.

—¿Por qué no va Peluso a averiguar lo que pasa? —propuso Buu.

A Peluso la idea le pareció buena.

—Sí —dijo—, iré yo, porque ésta es una misión muy delicada y requiere grandes dotes diplomáticas.

Peluso se preparó a conciencia para cumplir su cometido. Primero fue a su casa y, ayudado de Buu, se cepilló todo él para causar buena impresión. Luego se ató un lazo en el cuello, luego se dio almidón en las orejas para que se le quedaran bien tiesas, y por último se puso a consultar diccionarios y se pasó cerca de una hora tomando notas.

De esta manera, preparado física y mentalmente, Peluso se dirigió a casa de Don Ron.

—Buenos días, Peluso. ¿Cómo estás? —dijo Don Ron con un tono de infinita tristeza, pues se acababa de enterar de que los caracoles, siempre que pasean, llevan la casa a cuestas.

—Muy mal —dijo Peluso, pues, como Don Ron estaba tan triste, le pareció la contestación más adecuada.

—¿No te habrá picado una mosca? —preguntó Don Ron, muy alarmado.

—No, fue un mosquito —dijo Peluso, extrañado de la pregunta.

—¡Ah, bueno! —dijo Don Ron, más tranquilo.

Entonces Peluso empezó a hacer uso de sus dotes diplomáticas.

—Ésta mañana he salido a dar una vuelta —aseguró.

—Yo también he dado una vuelta —dijo Don Ron—, pero no he salido. Se la he dado a la tortilla.

—A mí me gusta mucho dar vueltas. Todas las mañanas doy una.

—Y yo —dijo Don Ron, que se estaba animando mucho con la conversación—. A veces, más de una; cojo la sartén y, ¡hala!, venga a dar vueltas.

Se acercaba el momento de abordar el problema. Peluso estaba nervioso, pero, dominándose, dijo con mucha naturalidad: —Y de las vueltas a las volteretas, ¿eh? ¿Qué le parecen las volteretas?

Don Ron se puso muy serio.



—¡Bah, bah! —dijo despectivamente. Gotas de sudor corrían por la frente de Peluso.

«Mira que como no conteste nada más que bah, bah...», pensaba, alarmado.

Pero como era un gran diplomático, enseguida volvió a llevar la conversación al terreno que le interesaba.

—Ayer me comí una tarta de pasas —dijo.

—Pues yo no —contestó Don Ron, volviéndose a poner triste.

—Y hablando de pasas, ¿qué le pasa a usted? —preguntó.

Y esta vez su diplomacia tuvo éxito, pues Don Ron le contó todo. Le habló de los elefantes y los canguros, de las gallinas y los caracoles, y Peluso, con su clara inteligencia, enseguida comprendió todo el problema.

—Eso se cura solo —dijo.

Don Ron le miró un momento, pero enseguida siguió con sus confidencias.

—A mí me gustaría que vosotros anduvierais con las manos, u os mordierais las orejas, u os abanicarais con los pies.

—¡Pero si a nosotros no nos ha picado ninguna mosca! —dijo Peluso.

—¡Oh! —dijo Don Ron, que no sabía que eso fuera necesario. Y lo dijo tan triste, que Peluso se compadeció y decidió arreglarlo.

Así que se despidió de Don Ron, y corriendo a todo correr fue a reunirse con los otros batautos, y tanto corrió, que cuando llegó tenía el lazo torcido y las orejas arrugadas.

—Dice Don Ron —dijo casi sin aliento— que está muy triste porque los caracoles no paran de dar saltos a la pata coja, y los canguros cogen las cosas con las narices, y a los elefantes les ha salido una bolsa en la barriga, y eso es que los ha picado una mosca.

—¡Qué horror! —dijo Buu, muy impresionado ante tanta desgracia—. ¿Y qué es lo que podemos hacer?

—Pues, en vez de dar volteretas, tenemos que abanicarnos con la nariz o andar a cuatro patas.

—¿Pero eso hará que se curen esos pobres animalitos? —preguntó Buu.

—Ésos pobres animalitos se curarán solos. Nosotros lo tenemos que hacer por Don Ron...

—Ése no tiene cura. Ése seguirá chiflado toda su vida —dijo Erito.

Peluso hizo como si no le hubiera oído, y continuó: —Que cree que se curarán antes si nos abanicamos con las narices o andamos a cuatro patas...

—Sí, o si nos mordemos el dedo gordo del pie —volvió a interrumpir Erito—. Pero no contéis conmigo. Yo ya estoy harto de hacer tonterías. Adiós.

Y Erito se marchó.

En cambio, Buu estaba muy dispuesto a colaborar: —¿Qué es lo que tengo que hacer yo? —preguntaba muy nervioso—. ¿Qué es lo que tengo que hacer, abanicarme con las narices o andar a cuatro patas?

—Abanicarte con las narices —dijo Peluso.

—¿Y yo? —preguntó Gusi temblando del susto, y tanto tembló que perdió el equilibrio y se cayó.

—Tú andarás a cuatro patas —dijo Peluso, que, como era un gran psicólogo, enseguida

comprendió que eso era lo que mejor le iba a Gusi.

Gusi se puso a cuatro patas inmediatamente.

—¡Chico, estupendo! —dijo—. Así deberíamos andar siempre.

Pero Peluso, que había elegido la ardua tarea de fumar con las orejas, no estaba tan seguro de que le fuera a resultar fácil como a Gusi, y dijo que se iba a su casa a ensayar.

—Y yo también —dijo Buu.

—Bueno, pues yo también —dijo Gusi.

Y todos se fueron.

Al atardecer, Don Ron salió a dar un paseo, muy triste, muy triste, mientras pensaba en la conversación que había tenido con Peluso, sobre todo en lo de la mosca, y entonces se encontró con Buu, que movía las narices de forma extrañísima.

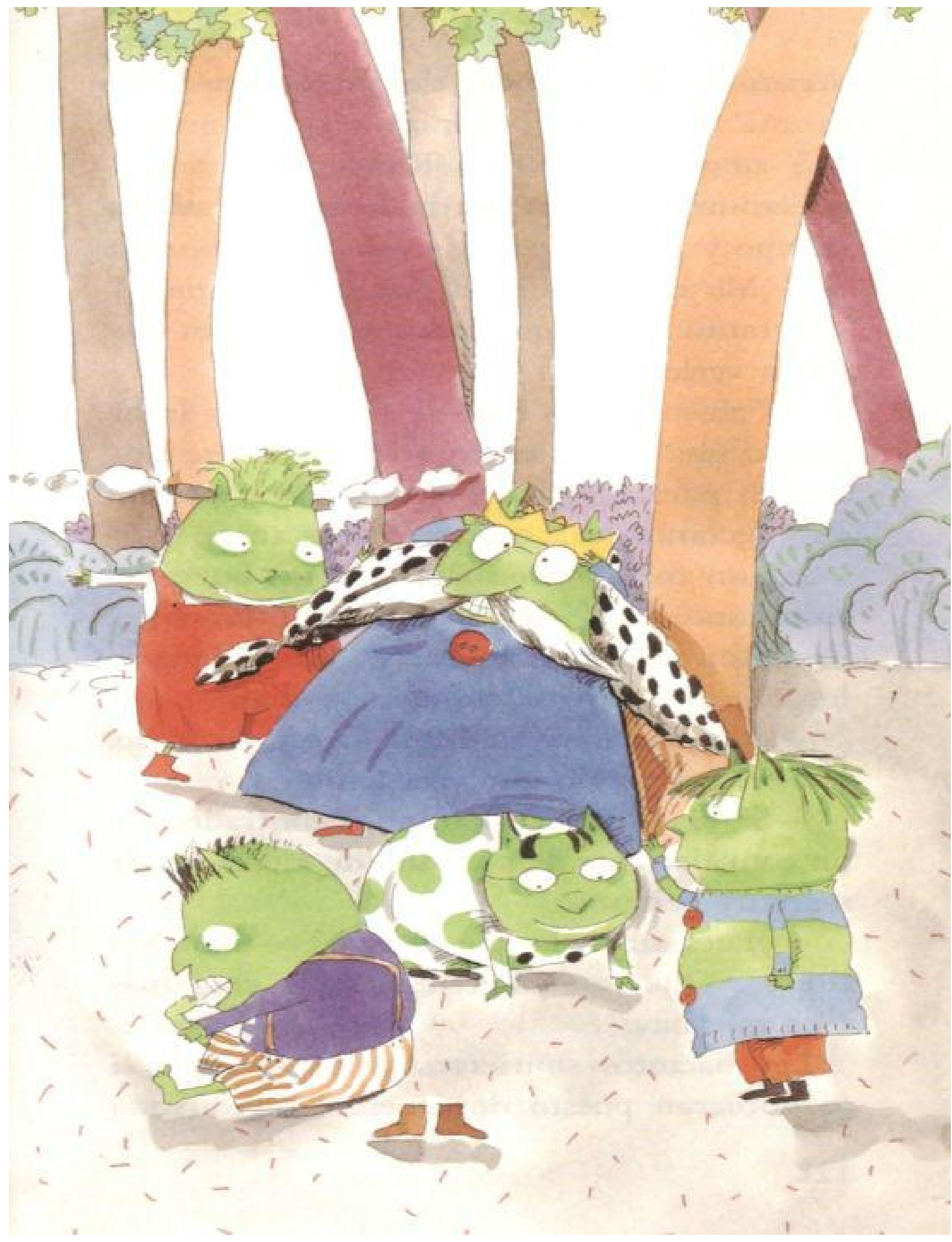
«¡Qué raro!», pensó Don Ron. «Si Buu nunca había hecho esto...». Y siguió su camino, hasta que tropezó con Gusi, que iba a cuatro patas.

—¡Gusi! —dijo Don Ron—. ¿Pero ya te has caído otra vez?

—No, no —contestó Gusi—. Yo ya salía así de casa.

El pobre Don Ron no sabía qué pensar, pero cuando a los pocos pasos vio a Peluso con un cigarro puro en cada oreja comprendió.

—¡Los ha picado una mosca! —exclamó—. Ya me lo dijo Peluso. ¡Ay, ay! —chilló al poco, pues acababa de ver a Erito mordiéndose el dedo gordo del pie—. ¡Pero esto es una verdadera epidemia!



Y nerviosísimo, Don Ron empezó a bizquear, mientras sacaba la lengua al mismo tiempo y gritaba: —¡Me he contagiado! ¡Me he contagiado!

Y tanto chilló, que todos sus súbditos fueron a verle.

—Peluso —dijo Buu—, a Don Ron le ha picado una mosca como a los elefantes.

—Sí parece —dijo Peluso—. Voy por un desinfectante para que se le pase antes.

Peluso roció a Don Ron con un buen desinfectante, y el efecto fue casi instantáneo. Don Ron dejó de bizquear y sacar la lengua, luego estornudó ruidosamente y dijo: —¡Mis queridos súbditos! Ya estoy curado, y vosotros, por lo que veo, también.

—Sí, sí —dijo Peluso, pues contradecir a un convaleciente de picadura de mosca puede ser muy peligroso.

—¿Pues sabéis lo que os digo? —dijo Don Ron—. Que las volteretas son la cosa más sana que hay.

Los batautos sonrieron, y luego, como si se hubieran puesto de acuerdo, dieron una voltereta a la vez. Y Don Ron aplaudió, rió ¡y saltó!

Desde entonces, la buena y antigua costumbre de dar volteretas volvió a quedar implantada para siempre.

Peluso pinta su casa

—SOY como la hierba en el prado, soy como las botellas en el bar, soy como las patas en el ciempiés, soy como la butaca en el cuarto de estar —cantaba Peluso a voz en grito mientras daba grandes brochazos a su casa, pues la estaba pintando de blanco.

Ya casi había acabado cuando llegó Buu.

—¡Oh, Peluso! ¡Qué bonita estás dejando tu casa! ¿Quieres que te ayude?

—Bueno —dijo Peluso, pensando que era una pena que Buu hubiera llegado tan tarde y le pudiera ayudar tan poco.

Buu cogió otro pincel y empezó a pintar.

—Soy como el agua en la ducha, soy como el tamaño del mar, soy como la pluma en el ave, soy como las peras en el peral —cantó Peluso, haciendo que Buu se equivocara y pintara de blanco el cristal de una ventana.

Pero Peluso, que estaba muy entretenido, no se dio cuenta, y Buu limpió el cristal con un trapo y lo dejó como nuevo.

—¿Has acabado ya? —dijo Peluso cuando hubo terminado de pintar su casa.

—Ya lo creo —dijo Buu, que a fuerza de frotar había dejado el cristal reluciente.

—Ha quedado bonita, ¿verdad? —dijo Peluso mirando la casa con admiración. Y luego agregó confidencialmente—: Ayer me pasé el día pensando.

—¿De verdad? ¿Y no te dolió la cabeza? —preguntó Buu.

—No —dijo Peluso, orgullosísimo de su resistencia—. ¿Sabes en lo que estuve pensando?

Buu meditó un momento.

—En tu tatarabuelo —dijo de repente con gran convicción.

—¡Qué va! —dijo Peluso frotándose las manos de contento porque Buu se había equivocado—. Estuve pensando de qué color iba a pintar mi casa.

—¡Hombre, claro! —dijo Buu—. ¿Cómo no lo habré adivinado?

—Verás —continuó Peluso apoyándose negligentemente en la puerta—. A mí me gustaba el rojo, y el anaranjado, y el amarillo, y el verde, y el azul, y el añil, y el violado, todos por igual. ¿De qué color pintarla, pues?

Buu estaba apabullado ante la magnitud del problema.

—Entonces... —continuó Peluso intentando ponerse derecho otra vez—. ¡Ay, ay, ay! —chilló de repente.

—¡Ay, ay, ay! —chilló Buu, sin saber a punto fijo qué pasaba.

—¡Que me he quedado pegado! ¡Estoy pegado a la puerta!

—¡Ay, ay, ay! —seguía diciendo Buu.

—¡Pero deja de chillar y tira de mí! —gritó Peluso.

Y Buu tiró de Peluso, y tiró de Peluso, y tiró de Peluso, hasta que Peluso se despegó y los dos se cayeron, Buu debajo y Peluso encima.

—¡Ay, ay, ay! —chilló Buu, porque Peluso pesaba mucho.

—No chilles más, Buu; todo está arreglado, ya me he despegado —dijo Peluso sin hacer la menor intención de levantarse.

Pero de repente vio algo que le hizo dar un salto, lo que Buu aprovechó rápidamente para ponerse de pie.

—¡Oh, Buu! —dijo Peluso—. ¡Mi puerta recién pintada! ¡Está toda despintada!

—¡Y tu brazo y espalda están todos pintados! Es a la pintura a lo que te has quedado pegado, Peluso.

—¡Ay, ay, ay! —dijo Peluso.

Ésta vez fue Buu el que le consoló.

—No te apures, Peluso. Yo sé cómo arreglar esto.

Y volviendo a coger el trapo, frotó a Peluso hasta dejarlo sin una mota de pintura.

—Y ahora —dijo— volveremos a pintar la puerta.

—Eso —dijo Peluso cogiendo el pincel, y se puso a cantar—: Soy como la trompa en el elefante, soy como los números en la aritmética, soy como los libros en la biblioteca, soy como el sabor en el chocolate.

Ante lo cual, Buu se equivocó y se puso a pintar de blanco la espalda de Peluso; pero, en cuanto se dio cuenta, la volvió a limpiar con un trapo.

—Pero ¿qué haces? —dijo Peluso.

—Rascarte la espalda —contestó Buu.

Peluso le miró con desconfianza, pero, como le estaba dando bastante gusto que le rascara, le dejó y siguió pintando y cantando.

—Ya he acabado —dijo Peluso dejando el pincel.

—Y yo también —dijo Buu dejando el trapo, y luego añadió—: Y ahora dime, Peluso, ¿por qué has pintado tu casa de blanco?

—¡Ah!, pues verás: a mí me gustaba el rojo, el amarillo...

—Sí, sí —interrumpió Buu—, eso ya lo sé, pero ¿por qué la has pintado de blanco?

Peluso miró a Buu fijamente y pensó: «No sé si lo va a comprender». Y muy despacito explicó: —Pues primero pensé pintarla a rayas, pero luego me dije: «Mejor mezclar los colores y pintarla de todos a la vez».

Y dicho esto, Peluso se calló.

Buu esperó un rato a ver si volvía a hablar; pero como no lo hizo, preguntó: —Entonces, ¿por qué has pintado la casa de blanco?

Peluso suspiró. Como él esperaba, Buu no le había comprendido.



—Porque, al mezclarlos, todos esos colores se han convertido en blanco.

—¡Oh! —dijo Buu, que «al fin» había comprendido—. ¡Parece cosa de hadas!

—Pues no —dijo Peluso apoyándose negligentemente en la puerta—, yo por aquí no he visto a ninguna hada —y dicho esto empezó a chillar—: ¡Ay, ay, ay!

«Se ha quedado pegado», pensó Buu. «Se ha vuelto a quedar pegado». Y empezó a tirar de él hasta que le despegó.

—¡Ay, Buu! —dijo Peluso, cuyo corazón latía con fuerza a causa del susto—. Esto sí que parece cosa de hadas. Yo antes nunca me había quedado pegado a nada.

—Será la pintura recién puesta, que pega —dijo Buu.

«Seguro que está equivocado, seguro que no es eso», pensó Peluso.

Y luego dirigió su mirada al frente, y se puso a dar saltos mientras decía: —¡Ay, ay, ay!

—¡Pero, Peluso, estate quieto! —dijo Buu, que estaba intentando volverle a limpiar con el trapo.

—¡La puerta! ¡Está despintada!

—Sí; en cambio tú estás otra vez pintado. ¡Estate quieto!

Pero como Peluso no paraba de dar saltos, el pobre Buu tuvo que ponerse a saltar al mismo tiempo para poderle limpiar, hasta que, por fin, Peluso se dejó caer sentado en el suelo, y se quedó allí como anonadado.

—¡Ay, Buu! ¡Qué cansado estoy!

—Claro —contestó Buu.

—¿Y quién va a pintar la puerta de blanco otra vez? ¡Con lo cansado que estoy!

Buu no contestó, y, a pesar de que él también se había cansado mucho con tanto salto, cogió el pincel y se puso a pintar, y cuando ya iba por la mitad, se puso a cantar de repente: —Pinto mi casita, la lara larita.

Ante lo cual, Peluso se puso muy nervioso y empezó a dar saltitos, primero con el pie izquierdo y luego con el derecho.

—¡No es así! —decía—. La canción no es así.

—Ya he acabado —dijo Buu dejando de cantar.

—¡Ay, pero qué cansadísimo estoy! —contestó Peluso intentando apoyarse en la puerta.

—¡No! —dijo Buu dándole un empujón.

Peluso se quedó perplejo.

—Sí, Buu —dijo acercándose despacio a la puerta—, estoy cansado.

—¡No! —dijo Buu poniéndose delante de la puerta con los brazos extendidos.

Peluso suspiró. Bueno, si Buu no se hubiera puesto en esa postura tan tonta, él nunca hubiera dicho lo que iba a decir; así que la culpa de todo la tenía Buu, no él.

—Buu —dijo Peluso con tono muy suave para que sus palabras sonaran menos duras—, te has equivocado en la canción, y por eso en vez de descansar he estado dando saltos, primero con el pie derecho y luego con el izquierdo, porque me he puesto nervioso, y por eso sigo cansado.

—Bueno —dijo Buu agarrando a Peluso del brazo—. Y ahora que me acuerdo, yo venía a hacerte una visita. ¿Por qué no pasamos adentro y descansas mientras yo te la hago?

«Vaya», pensó Peluso dejándose llevar, «por fin ha comprendido».

Peluso y Buu se sentaron en un sofá, el uno al lado del otro, con las manos en las rodillas, y así estuvieron de visita un rato muy largo.

—Bueno, pues adiós —dijo Buu al fin.

—Adiós —dijo Peluso acompañándole hasta la puerta; y cuando vio que Buu ya se marchaba, chilló—: ¡Y gracias por la visita!

Buu, al oírlo, se volvió y saludó con la mano; y Peluso, al verle, le devolvió el saludo ¡¡¡apoyándose negligentemente en la puerta!!!

Y luego...

Luego Peluso se volvió a meter en casa con toda felicidad, porque la pintura ya se había secado y Peluso no se había pegado.

¡Feliz cumpleaños!

PELUSO llevaba ya varios días sin salir, pues, como todos los años, al llegar la primavera, había convertido el salón en laboratorio científico, y se había encerrado allí a inventar un aparato para volar. Y es que a Peluso, como era todo un caballero, no le gustaba pisar las flores, y en primavera había tantas que le resultaba muy difícil andar. Y, como todos los años, entre los batautos había gran expectación por ver a Peluso salir de su casa volando, pues, a pesar de sus muchos fracasos en las primaveras anteriores, nadie había perdido la fe en él.

Ésta vez Peluso había inventado un aparato que creía le iba a dar muy buen resultado. Consistía en varias tapas de cacerolas atadas a un aro. Peluso les estaba haciendo dar vueltas muy deprisa, y ya le parecía que iba a salir por los aires, cuando por la ventana entreabierta vio la cabeza de Don Ron.

—¡Eh, Peluso! —le dijo—. Mañana es mi cumpleaños. Vengo a invitarte a merendar. Ya se lo he dicho a los demás. Adiós, te espero sin falta —y desapareció sin dar tiempo a que el asombrado Peluso contestara.

«¡Zambombas! ¡Don Ron cumpliendo años! ¡Si nadie, ni él mismo, se acuerda de cuándo nació!», pensó Peluso, cada vez más asombrado.

Y dejando caer con gran estrépito todas las tapas de cacerolas, salió corriendo a comentar la noticia.

De dos en dos recorrió los cuatrocientos pasos que le separaban de casa de Buu, y llegó jadeante pero con grandes ganas de hablar.

Para su desgracia, encontró a Buu muy preocupado pensando cuántas velas iba a poner Don Ron en su tarta, y no había medio de hablar con él de otra cosa.

Peluso le dijo que eso era una tontería, y que Don Ron pondría las velas que le diera la gana.

—No, no, no —dijo Buu—. Eso no lo hará. No se puede hacer.

Peluso trató de convencerle, pero, viendo que Buu no le entendía, se volvió a su casa.

Allí seguían todas las tapas de cacerolas atadas al aro, pero Peluso no les hizo ni caso. Él ya sólo podía pensar en la merienda de Don Ron, y, como hacía mucho tiempo que no comía nada más que patatas, se estaba poniendo la mar de contento.

«Además podré llevar en el cuello ese lazo rosa que me regaló Buu para las grandes ocasiones y que todavía no he estrenado», pensó en el colmo de la felicidad.

Llegó el día siguiente, y Peluso, con su lazo rosa, entró en casa de Don Ron.

Allí se encontró con todos los demás batautos. A todos les gustó su lazo, y Peluso estaba muy alegre y no paraba de hablar.

Les explicó que volar es lo mismo que columpiarse cuando nadie le da a uno.

—La única diferencia —dijo— es que los animales privilegiados que vuelan sin columpio no vuelven hacia abajo, porque cuando se baja es el columpio el que nos empuja a nosotros; en cambio, cuando se sube, somos nosotros los que empujamos al columpio, y entonces volamos.

También dijo que nadar es volar en el agua, y que por eso hay que dar patadas muy parecidas a las que uno tiene que dar para columpiarse, y que los remos son las alas de las barcas.

—Oye, Peluso —dijo Buu—, ¿tú crees que todos los batautos llegaremos a volar algún día?

Peluso iba a contestar algo, pero su opinión sobre el particular debió de cambiar al ver a Gusi de pie, tambaleándose de un lado a otro pesadamente. El pobre Peluso se quedó sin saber qué decir, pero entonces se oyó: «¡cataplum!», y Gusi apareció sentado en el suelo. Todos corrieron a levantarlo, y la pregunta quedó olvidada.

Peluso, que creía entender mucho de psicología, pensó que a Gusi le debía de estar dando mucha vergüenza el haberse caído delante de todos, y le dijo: —No te apures, Gusi; eso le pasa a cualquiera.

—Sí, es verdad —dijo Buu—. ¿Te acuerdas, Peluso, cuando tú te caíste al río y saliste chorreando, con todo el pelo pegado a la piel y...? —Buu iba a continuar, pero se calló, pues le pareció que a Peluso no le estaba haciendo gracia tanta descripción.

—Bueno, a merendar, a merendar —dijo Don Ron, cortando el tema muy oportunamente.

Y todos se dirigieron al comedor.

La merienda fue magnífica: pasteles, chocolatinas, churros, bocadillos de jamón, queso, chorizo, foie-gras. En fin, no faltó de nada.

En el centro de la mesa había una tarta con una sola vela.

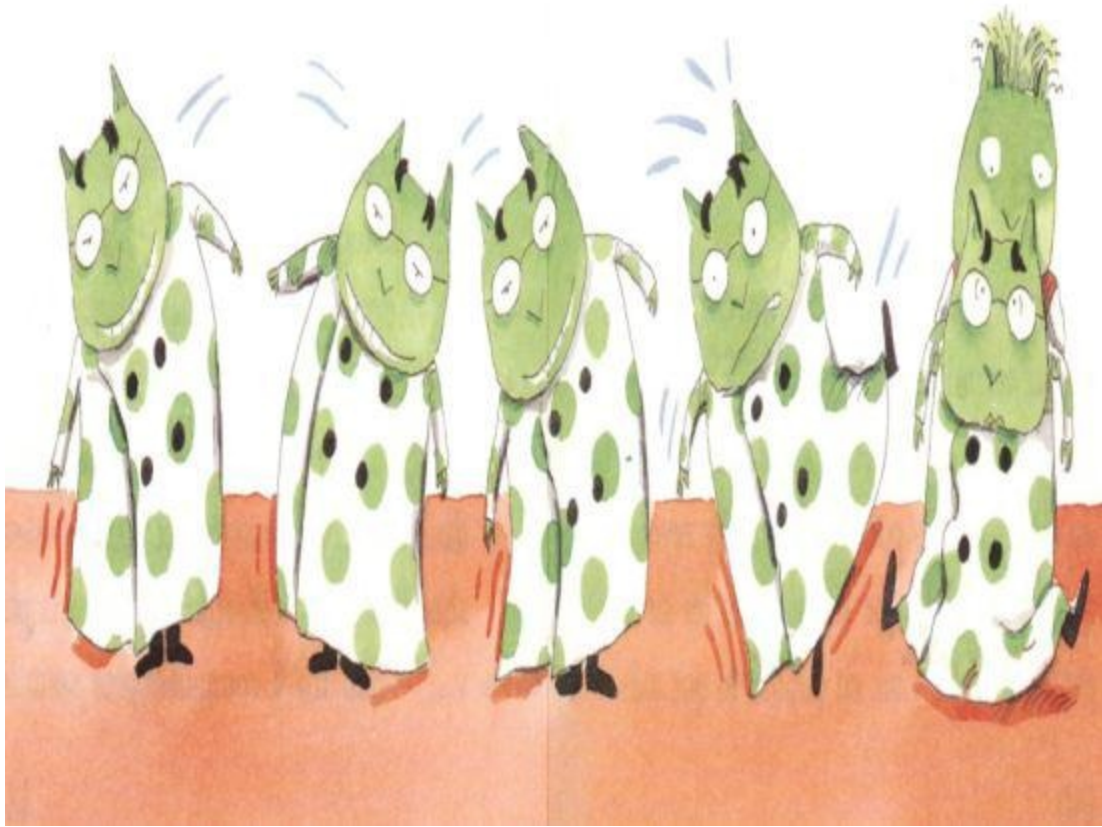
—¿Ves? ¿No te dije que pondría las velas que quisiera? —dijo Peluso a Buu con la boca llena de pastel de chocolate.

—No, no —contestó Buu con la boca llena de crema de vainilla—. Si hay una sola vela, por algo será.

Y Buu tenía razón, pues, llegado el momento de cortar la tarta, Don Ron dijo: —He puesto una sola vela porque, que yo recuerde, es mi primer cumpleaños.

Y de un solo soplo la apagó.

Una vez terminada la merienda, Don Ron se levantó para echar un discurso. Todos los batautos se dispusieron a escuchar.



—Queridos súbditos —dijo Don Ron—, hoy, día de mi primer cumpleaños (que yo recuerde), os voy a dar una sorpresa: os voy a dejar ver mi colección de sonrisas, de todas esas sonrisas que vosotros me dedicáis cuando me encontráis por el bosque. Hay reyes a quienes les gusta que sus súbditos les tiren pétalos de rosa; a mí, en cambio, lo que más me gusta son esas sonrisas espontáneas. Aquí están todas. ¿No las veis cómo flotan en el aire? Ésa tan luminosa es de Buu. La tengo desde aquel día que le di un pisotón muy grande, y, en vez de echarse a llorar, sonrió y dijo: «No me ha dolido». Ésa sonrisa no desaparecerá nunca, y yo la guardaré siempre. Vosotros deberíais hacer lo mismo. Por ejemplo: tú, Peluso, guarda las sonrisas de Buu cada vez que te ve y, si alguna vez estás triste, míralas y verás cómo te alegras.



Don Ron se paró para beber un poco de agua.

Los batautos se habían quedado en silencio, con el corazón lleno de sonrisas.



CONSUELO ARMIJO NAVARRO-REVERTE. Nace en Madrid el 14 de diciembre de 1940 y fallece en esa misma ciudad el 22 de junio de 2011.

Sus primeros cuentos aparecen en las revistas infantiles Bazar y La Ballena Alegre.

Su labor de escritora la complementó ocasionalmente como ilustradora, como en la obra de Las tres naranjas del amor y otros cuentos españoles, de Carmen Bravo Villasante.

Realizó adaptaciones de cuentos clásicos y colaboró en la creación de algunos libros de texto.

En su obra cultivó un humor cercano al absurdo y al “nonsense”. Los batautos son el mejor ejemplo de este humor, «... unos seres verdes con orejas al principio de la cabeza y pies al final del cuerpo, algunos listos, otros tontos y hasta puede que uno esté loco». En 1974 obtuvo el Premio Lazarillo de Creación.

Los batautos fue seleccionada en el VI Simposio sobre literatura Infantil y lectura, organizado por la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, en junio de 2000 como una de las cien obras de la Literatura Infantil española del siglo XX.

Este libro es el primero de una serie en la que los batautos son los principales personajes. Según Jaime García Padrino «esta narrativa fantástica corresponde al cultivo del absurdo y el disparate humorístico, cercano a los elementos característicos del “nonsense” anglosajón y con una visión propia de un superrealismo infantil».